



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador





PATRIMONI
DOCUMENTI

LA ACERA DEL LOUVRE



Via: P
RE: 28996
Localización: F 80 001



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL Día
7-oct-1912
p. 2

El acontecimiento de "la acera" sigue llenando con sus ecos clamorosos toda la actualidad: fué un espectáculo original, algo distinto á lo corriente, y fué una fiesta importante, resonante y rebosante, un grande y sonado éxito.

La "acera del Louvre" es una institución histórica, algo real y positivo que ya existía, que existía de antaño, con sus anales llenos de actos y de fechas, llenos de vida: ahora lo que se ha hecho ha sido darle "existencia oficial".

La "acera del Louvre" ha venido, como institución, á pesar en la vida pública, á la manera que en algunos países llegan ciertas personalidades á asumir el cargo de Senador: "por derecho propio". Sólo que en eso de senadores por derecho propio suele ser la mucha edad uno de los títulos, y en el derecho propio de "la acera" el título es el de "su eterna juventud".

La "acera" es realmente una institución, una institución histórica nacional; en aquellos muros, aquellas paredes y aquellas columnas está escrita toda entera la historia de Cuba, la historia política, la historia social, la historia mundana, la historia regocijada y galante: "la acera" ha sido campo propio de héroes, de patriotas, de hidalgos, de caballeros y de galanes.

Ese pedacito encantado de la urbe habanera tiene escritas en las crechas sus memorias. Y hay en las compendiadas páginas heroicas, páginas patrióticas, páginas caballerescas.

"La acera" tiene sus aniversarios, sus efemérides patrióticas, sus efemérides luctuosas, tiene sus héroes, tiene sus mártires, tiene sus glorias, tiene sus muertos, tiene la estela de sus arrestos y gallardías, tiene sus locuras y sus arrebatos, tiene sus alegrías, tiene sus tristezas: tiene de todo menos página de indignidad, menos vileza, menos traiciones, menos alevosías, menos incidias y arterias. Lo que es indigno ó vil, de allí se "ha despegado" prontamente.

La acera ha dado á Cuba muchos hombres. Y los ha dado en todas las esferas y para todas las manifestaciones de la patria actividad.

Ha dado guerreros, duelistas, escritores, generales, poetas, hombres de ciencia, patriotas, catedráticos, oradores, trovadores, pintores. Y ha dado á torrentes gente galante, animada, decidora y enamorada, enamorada de "la diosa", á que allí se rinde culto: la mujer.

La acera tiene en su escudo, escrita en campo azul esta divisa: "entereza, hidalguía y amor".

Y tiene "la acera" una fuerza, una gran fuerza, la fuerza de algo que vale más que las armas, más que el talento, más que el dinero, más que la palabra, más que el saber: tiene la fuerza dominadora é incontrastable de la **SIMPATIA**.

De ahí la tremenda atracción de aquel sitio, de ahí la fuerza de imán de aquel lugar: de ahí el formidable arrastre de "la acera".

La simpatía es la gran palanca, el gran poder humano: la simpatía es "la varita mágica".

"La acera", como todos los grandes compendios, ha tenido sus épocas variadas y ha inspirado variadas impresiones.

Ha habido épocas en las que se le ha tenido miedo á "la acera" y épocas en que "la acera" atraía irresistiblemente. Y por lo general siempre, ahora como antes, la acera infunde cierto temor y tiene cierto resorte, "algo que llama, que tira como de un cordelito": es su característica: á "la acera" "se la teme y se la ama".

Pasa como con el mar, como con el mar vivo: cuando está encrespado, cuando las olas se levantan imponentes, cuando parece que amenaza tragarnos, nos alejamos, huimos, pero sólo unos pasos y para volver á acercarnos en seguida. Sobretodo no abandonamos el lugar.

Tiene aquel espectáculo peligro; pero tiene belleza, tiene atracción, tiene vida.

En otra cosa se parece la acera al mar: es en su "eterna juventud."

En el mar las olas se suceden unas á otras; pasan días, meses, años, ciclos, y el mar "no envejece": cada vez que uno se acerca al litoral encuentra allí las olas frescas, nuevas, azules, alegres, juguetonas, formidables y siempre en juvenil actividad dibujando como eterna sonriza de sus labios la blanca espumilla de las crestas.

Así es "la acera": la acera es eternamente joven; pasan días, años, ciclos, generaciones y de allí brota el mismo aroma de primavera, la misma palpación de

juventud. La "Acera" tiene como el mar una fuente inextinta que la surte, la nutre, la renueva y la sostiene siempre fresca, siempre alegre y siempre joven: cuando uno allí se acerca siente "la frescura de la vida."

¡Pero qué más! Es tal el hábito de juventud que allí se respira, de tal suerte penetra en los pulmones y en el alma, de tal manera queda impregnado en el organismo ó en el espíritu que al través del tiempo, al través de los años, y aun cuando éstos hayan hecho su labor de transformación, siempre se conoce á las personas que han pertenecido á la Acera: les queda algo, la Acera "imprime carácter."

Un gran filósofo y humanista francés afirma, que él nota siempre, invariablemente, en las personas mayores, cualesquiera que sea su condición ó estado "si han tenido una niñez alegre": la alegría, la felicidad en la época de la infancia, dice, deja una huella que no se borra nunca, es decir la infancia alegre "imprime carácter."

Pues así es "la Acera": es tal su vigor, su intensidad de juventud, que los que en ella han vivido, los que han hecho "su vida", conservan siempre algo que tiene sabor de primavera, algo en que se sienten jóvenes. Se les conoce, se les nota, que han pertenecido á "la Acera".

Sobre todo la mirada no decae: los que han sido de "la Acera" miran siempre á las mujeres con mirada de eterna juventud. ¡Las miran de una manera....!

Podríamos citar tantos nombres.... Y en seguida todo el mundo, diría: ¡y es verdad! Pero no: ya muchos, casi todos están casados (porque los de "la Acera" á pesar de su guapería todos caen) y no les gustaría á sus medias naranjas esa secuela, ese "oréo" de eterno mirar y eterna juventud.

Por lo demás los de "la Acera" suelen "al final" (cuando se casan) ser buenos maridos....

Esa es la acera social, la acera mundial, la acera histórica, la acera contemporánea, animosa y animada, noble y galante, alegre y simpática, llena de vida, de juventud y de atracción.

Ahora tenemos en acción á la "Acera política", á la "Acera conjuncionista."

¿Ha habido toque y llamada para salvar la patria? Pues ahí están "los muchachos": los de ahora y los de antes, todos los que pertenecieran á la grata, sin par comunidad.

Y donde ellos van, se arrastra de malilla: esa es una ola que todo se lo lleva por delante, tienen un doble poder, atracción y energía, alientos y simpatías.

"La Acera" forma un contingente arrollador: es el "tercio táctico" de las fuerzas de combate.

Son los coraceros de Napoleón (de Menocal): es la guardia imperial que "muere pero no se rinde."

Con "la Acera" en acción, no hay forros: no hay quien se atreva. Ellos procurarán no hacer daño á nadie pero no "permitirán" suplantaciones ni votos falsos: al que lo intente, por lo menos "lo mantean", como en la época de los trovadores y los sucesos de la andante caballería.

La "Acera" es la vanguardia de la victoria: ¡Cómo que están acostumbrados á vencer fortalezas de amor!

Antenoche cuando dieron su gran fiesta, entre banderas, luces, cantos, músicas y bajo el palio azul del claro cielo, se veía á Martí, de piedra, con el dedo extendido, dándoles la señal: ¡á Palacio!

Y "á Palacio", detrás de la vanguardia de la eterna juventud va toda Cuba.

No es posible hablar de "la Acera" sin hacer memoria ó mención de algunas de sus figuras más salientes, de aquellos que más llevaron el "sello clásico del típico rinconcito."

Producto de "la Acera" fueron Julio Sanguily, apuesto, valeroso y galante, Alberto Jorrín que murió valientemente en un duelo, Panchito Varona Murias, que cayó cara al enemigo, en el ingenio Santa Amelia luchando cuerpo á cuerpo por la Independencia patria; producto de "la Acera" fueron Paco Silva y Marolo Rodríguez Alegre, dos jóvenes llenos de vida y simpatía, dos claveles, que rindieron su existencia en la catástrofe del 17 de Mayo (la de los bomberos). Producto de "la Acera" fueron los inolvidables Bernardo Soto Estorino (Sotico), Arturo Mora, Pedro Pablo Guilló, y tantos otros.

Y entre los vivos, aunque ya en "la reserva", ahí está el general camagüeyano jefe de la terrible caballería de Puerto Príncipe, Manuel Suárez, que fué hechura de "la Acera", ahí están Colín de Cárdenas y Pancho Montalvo, los dos "plantados" en los cuarenta, ahí está el queridísimo Pepe Jerez, Pepe Ebra, Andrés Hernández, Alfredo Arango, Paco Romero, Pablo Mazorra, Ramón Hernández, y tantos más todos usufructuarios de la simpatía que á "la Acera" ha dado fama, lustre y esplendor y que constituye la prosapia de ese cubanísimo lugar.

Figura y blasón de "la Acera" es Antonio Escobar el insigne escritor y gran periodista, "el maestro", que escribe con tinta de rosas y jamás manchó su pluma con nada que no fuese talento, gracia y nobleza: de "la Acera" era el célebre corredor "Raticá".

Y ahí está en activo servicio, todavía en el escalafón, el Mariscal Eugenio de Santa Cruz de Oviedo, Conde de Monpox y de Jaruco tan campechano y tan de

mócrata; ahí está Pepe Stramps, tan noble y tan valiente, hombre hecho de tempestad que se desata y brisas que juguetea, alma de niño con zarpa de león; ahí están "Villita", Emilio Bolívar, Paquito Guzmán, Luis Toraya y el "bisco Guilló".

"La Acera" tiene hasta su "Tiburón": es Pepito Alba.

¡Cómo estaba antenoche "de mujeres" la calle de San Rafael! Las vidrieras de las tiendas temblaban al contacto de las ondas que ellas iban dejando al pasar.

Y los de "la Acera" tan orondos, diciendo: "han venido por nosotros".

Hubo uno que al mirar aquellas "guirnaldas" exclamó muy campante: "es natural, la sogá tras el caldero".

Ellos creen que el caldero son "ellos" y que la sogá son "ellas".

Por eso cuando uno vá á casarse lo notifica á los demás diciéndole á cada uno: "chico, mañana me ahorco".

Pero la procesión anda por dentro: es ideal ahorcarse "con esas sogas": esas sogas son las únicas que tienen fuerza bastante "para arrancar á los muchachos, de "la Acera".

Todas las demás se rompen: esa se los lleva: todos los "retirados" han sido pescados con esa sogá.

Parecen de seda, endebles, finitas. ¡Y cómo tiran!

Bendito, bendito y alabado sea ese "cufrican": sin ellas si que se ría cosa de ahorcarse de verdad.



ACERA DEL LOUVRE X

HAY en cada ciudad una plaza, una calle o un paseo que viene a ser como el resumen de su carácter, como el compendio o cifra de su existencia.

En Londres Hyde Park, en París los bulevares, en Venecia la plaza de San Marcos, en Madrid la Puerta del Sol, en la Habana... la Acera del Louvre.

Suprimid con el pensamiento cualquiera de estos lugares, consagrados por el aura popular, embellecidos por la leyenda, y habréis quitado a las ciudades la mitad de su prestigio.

No hay en ellos que mirar su aspecto material; pueden ser elegantes o vulgares, amplios o reducidos; lo importante, lo que los eleva y pregoniza es su aspecto psicológico.

Hyde Park es la sublimación de la severa y rígida aristocracia londinense, nervio y base de su admirable gobierno; San Marcos representa toda una época de esplendor y de fausto, de ciencia y de arte; la Puerta del Sol es la expresión más neta de esa raza alegre y descuidada que se entrega perezosamente a las veleidades de la fortuna; la Acera del Louvre el esponente fiel del carácter frívolo y decididor, pero, a la vez, valeroso y resuelto de los cubanos.

¿Cuándo surgió a la vida esa institución, que ese nombre y no otro merece la "Acera", centro galante y político, teatro de amores y de odios, de gallardías caballerescas y de franquichelas juveniles?

¿En qué momento surgió en nuestra vida? ¿Es antigua? ¿Es reciente?

De su edad puede dar testimonio su propio nombre. La "acera del Louvre" no tiene en la actualidad Louvre alguno a que referirse. El café de ese título que se alzaba junto a ella, desapareció hace veinticuatro o veinticinco años para dar plaza al café de Inglaterra.

En aquella época, tenía la "Acera" detrás de sí, un vetusto caserón de dos pisos, sin arcos ni soportales. A su derecha, el teatro de Tacón mostraba su techo de caballete, y un poco más allá, el café de "Los Voluntarios", servía de punto de reunión de los antiguos comerciantes españoles que, disfrazados de militares, jugaban diariamente a los soldados.

La estatua de Isabel II, daba la espalda al Louvre, sobre su prismático pedestal y en los ángulos del Parque dormitaban los mismos leones que hoy dan a aquel pasaje una nota de anacronismo.

Más lejos, en el fondo, encerradas detrás de una valla de madera desvencijada y sucia, las llamadas "ruínas de Zulueta", es decir los primeros trabajos de cimentación del edificio conocido ahora por "la manzana de Gómez".

En la casa del "Centro Asturiano" habitaba entonces, el Casino Español. El constructor del canal de Vento, aún no había sido honrado con una estatua. No existían los edificios de la calle de Neptuno, esbeltos y bien proporcionados que contemplamos ahora, sino unas casuchas feas, cuyos tejados recordaban las posadas viejas y destartalladas de los caminos reales.

En ese escenario, tan distinto del actual, se fundó la "Acera del Louvre", a la que hemos de consagrar algunos artículos, suscitando memorias pasadas, en estrecha relación con nuestra vida pública y privada.

Los jóvenes de entonces—exjóvenes ahora—nos han dado pormenores interesantísimos que iremos distribuyendo al lector lentamente, como las madres previsoras dan en pequeñas dosis las golosinas a sus hijos, para que sea en ellos más duradero el placer y menos ocasionado a indigestiones.

Por este cinematógrafo retrospectivo desfilarán anécdotas amorosas, lances de honor, conspiraciones políticas, cuanto dió en otro tiempo pábulo a la vida de la "Acera", donde aún parecen flotar con las tintas melancólicas del recuerdo, aspiraciones, ideales, y arrestos valerosos, en confusa mezcla con desencantos, tristezas y tumultos.



LA ACERA DEL LOUVRE

Por Marcial Ulmo Truffin

EN la prensa de ayer, 31 de marzo de 1931, leo: "El Hotel "Inglaterra" ha cerrado sus puertas..." La noticia, escueta y fría, podrá no tener importancia para una parte de la actual generación de ayanquizados "pepillitos", que, trepados sobre las altas banquetas de las "barras" a la americana y envueltos en el humo azul de sus cigarrillos de Virginia, apuran sus "gém-fish" y sus "cock-tails" multicolores y venenosos; pero para nosotros, los viejos, que aun amamos nuestras leyendas y tradiciones ¡cuánto dolor encierra la triste nueva!

Todo perece... Sólo el recuerdo del ayer nos queda, envuelto en el suave perfume de las cosas idas...

Ha muerto la legendaria "Acera" de otros días, tal vez más venturosos que los presentes; la que fué sede suprema del más alto señorío, en la que palpité como en ninguno otro sitio de la ciudad el sentimiento patrio. Rendida al peso de los años cae para siempre envuelta en el manto de sus hazañas. Nació en época de idealismos, allá por el año 1836, cuando Pancho Marty, ayudado por el general Tacón levantara el gran teatro que llevó el nombre del último, en la esquina de San Rafael y Prado. La acera opuesta, con su humilde pavimento de tierra aplanada a pisón, sirvió de terraza al célebre café de "Eucariza", en cuyo local—obligado sitio de reunión de los magnates de la época—tuvo efecto la noche del martes 20 de febrero de 1844 la famosa batalla del "ponche de leche", chusco episodio de nuestra historia colonial, que dió motivo a una de las más amenas crónicas de Alvaro de la Iglesia.

Junto a las mesillas de aquella incipiente "Acera" los elegantes de entonces, los "tacos", de acampanados sombreros de copa, chaquets de altos cuellos, talles de avispa, ajustados pantalones y botines de elástico, aguardaban en las cálidas tardes del verano tropical a las damas y damiselas de hombros caídos, apuntados corpiños y abultadas faldas de "malakoff", que, sentadas en sus típicos quitrines y volantas de altas ruedas y colgantes cajas, guiadas por esclavos caleseros de librea corta y altas botas, salvaban los puentes levadizos de los profundos fosos de las Murallas y entraban por la puerta de Monserrate para dar la vuelta a la fuente de la India y solazarse con la frescura de las Avenidas de Isabel II y Nuevo Prado. También en algunas noches—después de las grandes audicisnes de Tacón—por cuya escena desfiló lo mejor de la época—incluida a la Patty—la Acera, y aun el mismo gran salón de "Eucariza", fué animado sitio de reunión de la aristocracia de la época; reflejaron las lunas de los antiguos espejos que totalmente cubrían los testeros del salón, todas las bellezas y todas las grandezas de aquellos pasados tiempos...

Sustituyó años después a "Eucariza", en el mismo sitio y local y con el mismo decorado, "El Louvre", cuyo propietario montó en el único piso alto con que contaba entonces el edificio, unos famosos billares, que aun debe recordar nuestro gran carambolista de Oro... Fué aquella la Acera de los Condes y Marqueses, y desfilaron por ella los de Cañongo, O'Reilly, Reunión, Fernandina, Peñalver, Lombillo, Palatino, etc.; los Marqueses de Villalba, Vietia, Campoflorido, Duquesne, Sandoval y Almandares. Sucedió a estos señores aquella elegante pléyade de elegantes caballeros que se llamaron Panchito Alvarez, Julio Hidalgo, Florencio y Carlos Lufing Truffin, Perfecto Lacoste, Juan Pedro y Salvador Baró, los Marqueses de Esteban y Larrinaga, Antonio Ulmo, Fermín y Juan Goicoechea, Francisco Durañona, Baltasar Otamendi, Gonzalo Jorrín, el doctor Amores, Pedro Becaly, Julio y Manuel Sanguily, Regino Truffin, Gastón Mora, Leopoldo Sola, Francisco Peraza (el cojo Peraza), Pedro Bustillo, Juanito Romay, Pancho Mediavilla, Luis de Zúñiga, Lolié, Alvarado y Cantero y muchos otros que abandonaron la "Acera" para ir a formar sus tertulias en el Unión Club, cuando éste se fundó.

Cuando yo ingresé en la "Acera" a principios del año 1888 eran asiduos concurrentes de ella Ricardo Ponce, Alberto Jorrín, Gonzalo de Cárdenas, Pancho y Julio Varona Murias, Paco Romero, Manuel Ma. Coronado, Carlos Villa, Andrés Moreno de la Torre, Arturo Mora y Morán, Pedro Pablo Echarte, Cambolo Valcárcel, Pedro Pablo Guilló, Pancho, Miguel y Perico Arango y Mantilla, Adolfo Márquez Sterling, Elpidio Estrada, Manuel y Ramón Pío Ajuria, Pío Alonso y Emilio Laforcade, todos éstos considerados como veteranos; y además aquella muchachada compuesta por el Gordo Granados, Rafael de Cárdenas, Pepe Narices, Pepe Ebra, Alfredo Arango, Bernardo Soto, Pocito, Rodríguez Alegre, Martínez Oliva, Miguel y Gabriel de Cárdenas, el "gran Comején", Plácido Pérez Poussin, Carlos Maciá, Ramón Hernández, Miguel Torriente ("Miguel Maleta"), Tallito Gassó, el Bizco Guillot, Emilio Bolívar, Ga-

Acera
de Cuba
P. 27



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

briel Fourcade, César y Angel Corujedo, Magín Buffil, Agustín Osuna, Antoñico Ruiz, Ramón y Miguel Gutiérrez (el Colorao), Agustín de Zárraga, José Ramón Zubizarreta, Pastor Moviolo, Juan Enrique Sando, Saúl Alsina, Lancés, George Fowler, Abreu, Felo García Capote, Fabila F. bián, Toto Soler, Rafael Lipuzcua, Angel y Joaquín Paz, Lefevre, Lesme Pascual, Cecil Goudie, Néstor y Benito Aranguren, Toscano, Raul Ray, Oscar Fonst Sterling, Pedro Pablo Kolhy, Wen Gálvez, Enrique Hernández Millares, Alvaro Catá, Enrique Nápoles Fajardo, Aniceto Valdivia, Manuel Tejedor, Enrique Fontanills, Pérez Cabello (Zerep), Manuel Serafin Pichardo, Saturnino Parajón, Tintín Calderón, Pedro Molino, Gustavo y Angel Lluria, Lílico Soto Navarro, Antonio García Muñoz, Paco Calvo, Felipe Romero, Justo Clavel, Agustín Cervantes, Radillo, Vicente Pardo, Charles Aguirre, Rafael López Samá, Paco Moriano, José Ulmo Truffin, Pedro Tosca, Pedro Díaz Martínez, Enrique Laberdoc, Alvaro Ledón, Enrique Conill, Pío Novela, Pedro y Pablo Mazorra, Julio y Angel Soler, Pérez Alderete, José López Senén, Darío Campillo, los hermanos Cadaval, los Sotolongo y Herrera y Cantero, Ignacio Almagro, Santos Villa, Rodolfo Mallén, y tantos y tantos, cuyos nombres no recuerdo, porque ¿qué joven decente de aquella época no perteneció—aunque fuera por poco tiempo—a la “Acera del Louvre”? Dos cosas tan solo eran imprescindibles para poderlo ser: “Buena cuna”, o una gran simpatía, o una bien probada generosidad; en cambio, no bastaba poseer riquezas o gran influencia política para ser admitido en la “original cofradía”.

Muchos altos personajes y militares de la Colonia, no obstante su nacimiento español, fueron “Muchachos de la Acera”, como el coronel Santocildes, Ruiz, Santiago y Mustafá García Delgado, Severo Gómez Núñez, etc. Entre todos éstos se destacó por su irreprochable caballería el bizarro general Lachambre, el que en una ocasión, ofendido por Agustín Cervantes desde las columnas del periódico que éste último dirigía, para batirse en duelo a espada con su ofensor resignó por veinticuatro horas su elevadísimo cargo de Segundo Cabo, que seguía en categoría al Gobernador General de la Isla. ¡Noble ejemplo de hidalga caballería que debiera servir de norma a muchos de nuestros enftuados personajillos!

Cuando conocí la “Acera” (1887 al 88) se extendía desde la calle de San Rafael hasta el almacén de viveres finos “La Vizcaina”, situado al comienzo del gran chaflán de la calle de San Miguel: era como un marco al hotel y café del “Louvre”, a la antigua barbería del mismo nombre, en la que oficiaban los famosos “Figaros” Belisario, Patrocinio y Donato; al gran Refrigerador Central (después llamado “El Cosmopolita”) propiedad de los hermanos Pancho y Cristóbal Negra, por cuyo “lunch” y “reservados” pasó toda la Habana alegre de la época. Más allá se extendía el Hotel “Telégrafo”, casa entonces de dos pisos, uno de los cuales (la planta baja) era el elegante salón “Helados de París”, al que solían concurrir por las noches las más aristocráticas familias de la Habana. Más allá del almacén “La Vizcaina” abría sobre la calle de San Miguel las puertas de su abigarrado salón y “reservados” el popularísimo café “Nadal”, restaurant, lunch y café de “medio pelo”, frecuentado por comiquillos de “mala muerte”, toreros sin contrata, jugadores, “ganchos” de juegos, chulos, y toda clase de gente de vivir dudoso. Muchos de los asiduos concurrentes a éste y otros análogos establecimientos de los que rodearon al Parque han pretendido después hacerse pasar por “Muchachos de la Acera”, pero nada más falso; el centro de acción de ellos era otro bien distinto que enseguida reseñaré brevemente. En la cuña formada por las calles de San Miguel y Neptuno se alzaba el edificio del que ocupaba los bajos el viejo café “Fornos”, y los altos una casa de huéspedes; más allá, en la rinconada que formó la primera rotonda del Prado, la antigua bodega de Alonso—feudo un día de la familia Alvarez de la Campa—y entonces “parada oficial” de los famosos “coches de la Acera”, que guiaban los conocidos aurigas Montané—el hermano del médico del mismo nombre—Perico, Pelayo, Cuervo, el Guajiro, etc., que allí se proveían de trabucos y bayetas para el uso de sus carruajes, para sus bestias de cubos de agua, mezclada con harina de trigo y afrecho y de aquellos típicos saquitos de lona que contenían una ración de maíz y se ajustaban por medio de tirantes a la cabeza de los caballos; en la obscura trastienda, más allá del carcomido mostrador de la bodega se veía una larga mesa de manteles muy sucios en la que se servía a los cocheros y a la dependencia abundante “menú”, rociados con el vino “gordo”, especialidad de la casa. Al otro lado del Prado, en la esquina más tarde ocupada por el café “Alemán”, había entonces un “tío vivo” o “caballito de vueltas” y a continuación la casa particular del licenciado Luis Zúñiga y en la esquina de la calle de Zulueta, en los bajos del “Unión Club”, el concurridísimo café “Central”, sitio predilecto de reunión de los más famosos “chulos bravos” de la ciudad, petardistas, vendedores de objetos robados, agentes de casa de empeño, poco escrupulosos, jugadores de clubs de base hall de segunda clase, etc.; en la acera de enfrente, donde hoy se alza el Hotel “Plaza” se hallaban en un gran solar las carpas de lona del gran Circo Pabillones, en una de



7

las cuales residía el viejo cefante "Romeo", tan conocido por varias generaciones de muchachos, habaneros; en el costado del Parque Central, en donde ahora se halla la tan grande como antiéstetica Manzana de Gómez surgía el comienzo de los muros de las llamadas ruinas de Zulueta, entre cuyas paredes y profundos sótanos hallaban seguro albergue los más abyectos afeminados y mujerzuelas del hampa habanera; al lado opuesto de la plazuela de Monserrate, el teatro Albisu, feudo de Robillot y Azcue, y en el costado sur el gran teatro Payret, con los techos hundidos, y al oeste, junto a la Acera, la gran manzana del teatro de Tacón, ocupada en la esquina de San José por el gran café de "Los Voluntarios", al centro por el Cuartel de los Bomberos del Comercio—orgullo de la Habana—y en la esquina de San Rafael por el gran café de Tacón (rival del Louvre) en una de cuyas mesas, a la entrada, aun me parece contemplar el grupo que presidido por don Joaquín Gumá forraban allí cada noche Ventura Puig, Joaquín Coello, Serafín de León, Maciá y el dueño del local, don Felipe González, padre de los hoy dueños de "Inglaterra"—nombre con que bautizó en 1889 don Juan F. Villamil al "Louvre" al reformar el edificio y echarle portales.

Oh, cuántos recuerdos traen a mi memoria estos queridos sitios que bordean a nuestro Parque Central o de Isabel II, así llamado por la estatua de esta reina que se alzaba entonces en donde ahora está la de Martí, y tan triste y solitario hoy como animado ayer, a tal extremo que en las famosas noches de retreta se hacía difícil transitar por él... Sentados en los típicos sillones férreos, pintados de verde, abanicados por el suave terral de las serenas noches tropicales, aguardábamos a veces, pasadas las doce de la noche, vinieran a buscarnos las "muchachas alegres" que, terminadas sus "nont santas" faenas nos dedicaban, sin otro interés que la "cena y el coche" el resto de la noche... Y también allí en el Parque Central, instalado en su sillón, con la hermosa testa de réveltos cabellos al aire, aquel gran noctámbulo, compañero esforzado del viejo Valdés Rotoca, y que cómo éste jamás se acostaba antes del amanecer y que se llamó el doctor Caro, nos deleitaba con su amenidad exquisita. Recuerdo que una noche, allá por el año 1890, en que nos refería cierta valerosa hazaña del general Antonio Maceo, el que en aquellos momentos, sentado en uno de los taburetes de cuero del Hotel "Inglaterra", conversaba con un grupo de muchachos de la Acera, nos dijo el doctor Caro: "De todos los huéspedes que han pasado por ese Hotel, incluyendo a la Heading, la Thés, Sarat Bernhardt y Mazantini, ninguno lo será tanto como nuestro general Antonio Maceo...!"

Y ahora hasta el Hotel "Inglaterra" también cierra sus puertas... ¡Doblad, campanas habaneras, que para siempre han muerto los "Muchachos de la Acera"!

Abril 1 de 1931.



RENACE LA ACERA DEL LOUVRE*



Nos cuenta la leyenda que el Fénix, ave fabulosa y única en su clase, precursora por tanto del baracutey criollo, que también vive de non en el mundo sin necesidad de ayuntamientos con los de su especie (por lo cual merece plácemes, ya que no es poca fortuna poder prescindir de los ayuntamientos, aun de los que se disfrazan con el nombre de distritos) cuentan que el Fénix, repito, luego de vivir largo tiempo en el desierto, a pleno sol y, no obstante, tan a gusto como pudiera estar «la pájara pinta a la sombra de un verde limón», se dejaba quemar en una hoguera (el Fénix, no el limón) para darse más tarde el gustazo, aún mayor, de renacer de entre sus propias cenizas.

Lo único que no explica la leyenda es quién o quiénes eran los encargados de encender la hoguera y mantener el fuego hasta la incineración completa del mitológico pájaro, pues no es de suponer que en el desierto exista una brigada de incendiarios dedicada exclusivamente a tal servicio.

Pero, en fin: dejando para otro día la averiguación de este detalle bomberil, quiero hoy comparar al Fénix, con mi amada Acera del Louvre que, en efecto, parece renacer de sus cenizas con la reapertura del restaurant «Cosmopolita» de gratísimo recuerdo y denominado ahora «Inglaterra», no sólo porque se abre bajo los auspicios de los dueños de este hotel histórico, cerrado por la crisis económica, sino porque ambos nombres condensan, en cierto modo, toda la brillante historia de ese lugar cubanísimo donde hallaron calor, inicialmente, las ideas de libertad, siendo propagadas y defendidas por una juventud valerosa, decidida y fuerte, que no obstante su

alegre etourderie, su aparente frivolidad, sus lances donjuanescos y su libre disfrute de la vida plena, supo responder, en todo tiempo, a los más serios empeños patrióticos y cuando, por dos veces, los clarines de Yara y Baire hendieron el espacio con llamadas bélicas, reclamando para Cuba el esfuerzo de sus mejores hijos, acudió como un solo hombre a la manigua tenebrosa e inhóspita, renunciando bienestar, placeres, comodidad, riqueza, afectos y familia para alcanzar como única gloriosa recompensa, el título de soldado del Ejército Libertador.

Gloria que, al fin, conquistó con su sangre y con sus vidas, cien veces sublimadas por el sacrificio, esa juventud animosa, que recuerda por su valor, desprecio a la vida agresividad y denuedo en el ataque, a los famosos segundones de la Gasconia, pero que supera a éstos en ideales, ya que los gascones realizaban sus hazañas, forzosamente, en el nombre y defensa de un rey, más o menos déspota y un cardenal absolutista y nuestros bravos muchachos peleaban por su propia voluntad y morían heroicamente en holocausto a la diosa Libertad.

Todas estas amables remembranzas y consideraciones, acaso un poco cursis y, desde luego, demodées en esta época de realismo, impurezas y falta de ardor patriótico, bullían confusamente en mi cerebro ha unas horas, debido, tal vez, a los vapores y la espuma del champagne con que gentilmente me obsequiaba el nuevo dueño del establecimiento Diotino López y a la contemplación de la fotografía arriba inserta, en la que puede verse la gallarda figura del general Julio Sanguily rodeado de la que pudiéramos llamar su «escolta» en la paz (los muchachos de

la Acera) en simpática peña al aire libre, ante la puerta del «Cosmopolita», figurando en ella el que fué su ayudante en la guerra y último de los caídos por la Independencia: doctor Jesús Sotolongo y Lynch, muerto en el mismo lugar en que aparece sentado, entre Argüelles y Sotico (también muertos en campaña) y, por rara coincidencia, bajo el trozo de pared en que hoy se ostenta la tarja conmemorativa que por mi gestión fijó allí el Ayuntamiento para perpetuar el nombre, no sólo de Sotolongo allí abatido el 11 de diciembre de 1898, sino los 39 jóvenes más, que sucumbieron, igualmente, en el campo del honor.

Cábeme la triste gloria de haber sido el confeccionador de esa página luctuosa de nuestra historia, escrita en bronce; y al releerla hoy, después de examinar ese grupo fotográfico cuyos integrantes han desaparecido, con la sola excepción del doctor Ignacio Weber que, por fortuna aún vive, pienso en las cenizas, de todos esos mis buenos amigos muertos y acaricio la consoladora esperanza de que nuestra histórica Acera del Louvre abandonada y desierta últimamente, renazca como el Fénix, con la apertura de ese establecimiento que, de fijo, ha de reunir en torno a jóvenes y viejos, devolviendo su tradicional animación a tan simpático lugar.

Y es por ello que brindé, allí, sinceramente y escribo a vuela pluma, pero con todo amor, estos renglones, que ojalá determinen para la Acera la era de su Renacimiento.

LA ACERA DEL LOUVRE

Por JUAN VIVO

LA Acera del Louvre era en el año de 1882 al 1895, el lugar más céntrico de la pequeña urbe, a donde acudía, sobre todo, por las noches, numeroso elemento masculino, cuya única finalidad, era el disfrute de placeres lícitos.

Empezaba en la esquina de la calle de San Rafael y terminaba en la curva que enlaza con la de San Miguel, en que se iniciaba lo que Ignacio Souza llamaba «El Haren», por estar todas las casas de las dos primeras cuadras ocupadas por mujeres de la vida «alegre».

Se puede decir, que los dominios de los llamados «Jóvenes de la Acera», abarcaban la manzana entera, pues en la calle de San Miguel y Consulado había dos cafetines muy frecuentados por ellos al aclarar el día cuando regresaba de «Capellanes» o «El Ermitache».

Esos cafetines, en los que se han introducido las reformas exigidas por el progreso, eran «El Ariete» y «Santa Bárbara».

Por la calle de San Rafael en dirección a la de Consulado, había tres establecimientos «fijos» llamados «El Refrigerador» de Mantecón, «La Granja» y «La Flor de Lis», en cuyos altos solía tirarse de la oreja a Jorge, y en la esquina de ésta última calle el restaurante «Las Tullerías», con una serie de reservados en los altos por la calle de Consulado, para las parejas que no deseaban ser vistas.

«La Acera», no era sólo de ellos, pues allí se reunía lo mejor del sexo fuerte y galante de la ciudad, desde el aristócrata más refinado hasta el banquero más respetable; desde el militar de alta graduación hasta el acaudalado comerciante, con aquella juventud dorada, hijos en su mayoría, de las mejores familias cubanas y españolas.

Como había división social, era imposible la mezcla con seres marcadamente inferiores. Realmente concurrir a aquel círculo, era como ser socio de un club al aire libre. Todos los que tenían contacto con

los «Jóvenes de la Acera», padecían de Hipestimia, lo que dió lugar a que disfrutásemos de ser el país más alegre del mundo, pues la alegría era la nota más generalizada de aquella época, como la de hoy es la tristeza.

Algunos de los encopetados señores que allí acudían, se mezclaban con esa juventud alegre, que muchas veces logró que ellos tomaran parte en sus diversiones, pues reinaba entre todos un ambiente de confraternidad que no volverá a respirarse en este país.

Los edificios de «La Acera», se componían de dos plantas, sin ningún portal, ocupando los altos del café «El Louvre», que también se llamó «Escauriza», un gran salón donde el empresario Federico el Grande, llamado así por su gordura, daba los sábados bailes de pensión con la orquesta de Raimundo Valenzuela, cuyos sonidos del cornetín, tocado por su hermano Pablito, los oía el Capitán General en el Palacio de la plaza de Armas.

El primer portal, fué construido cuando el ingeniero Tarafa reedificó, reforzando los bajos con numerosas columnas para agregarle algunos pisos, en época de don Felipe González.

Sucesivamente fueron reedificándose los demás, hasta el último que termina en la calle de San Miguel, donde estaba el café «Los tres hermanos», y hoy el hotel «Telégrafo», que entonces formaba parte de «Los helados de París», por la emprendedora doña Pilar, en época republicana, generosa donante al general José Miguel Gómez, del sillón presidencial, que no sé si será el mismo que han ocupado los demás presidentes.

El Orden Público destinado a prestar servicio en «La Acera», procedía de las filas del ejército, siendo escogidos para tan delicada misión. Jamás usaban confianza con los diversos elementos que concurrían a aquel lugar, teniendo consideraciones con todos los que a diario los

trataban. Hombres sin familia en el país, procuraban cumplir con su deber sin violencias, pues para ellos la vuelta a las filas del ejército significaba un castigo.

La oficialidad era casi toda nativa, procediendo de las promociones de las academias militares de infantería y caballería, situadas en el antiguo cuartel de Dragones y en Zanja y Belascoain, a excepción del Jefe de Policía, como Paglieri, Elías y Berenguer, que eran españoles y con categoría de Coronel.

Algunos de esos oficiales son hoy generales, como Bens y Olfau; otros como Julio César Martín Calvet, Matías Padilla y los hermanos García Delgado han muerto y otros viven y toman parte en la actual revolución española, con alta categoría.

Es incierto que aquella juventud y algunos concurrentes a «La Acera», cometieran ciertos hechos, que el vulgo les achaca, pues jamás fueron molestadas las familias que por allí pasaban a la salida del teatro «Tacón», las noches de ópera a refrescar en los distintos establecimientos de «La Acera» o en «El Anón del Prado». Muchos de los que se encontraban por allí, se unían a ellas, pues eran familiares o amigos.

Los jóvenes y la mayoría de los concurrentes a «La Acera», estaban bien preparados para la vida social, de la que muchas veces formaban parte en los bailes de «La Caridad del Cerro», y en las reuniones de las familias más distinguidas de la ciudad, lo que justifica el hecho de que en algunas de las representaciones, que con fines benéficos se efectuaron en el teatro «Tacón» organizadas por la encantadora tiple Margarita Pedroso, perteneciente a la «élite» social más elevada, tomara parte el joven Ramiro Mazorra, del grupo de «La Acera», cuya voz, parecida a la de Matehu, era maravillosa.

Como aquellas representaciones con fines benéficos tuvieron éxito, se efectuaron varias con igual fin, entre ellas Adriana Angot, en la que el coro de conspiradores, formado

por algunos jóvenes de «La Acera», fué bisado siete veces, pues según opinión general, jamás se había visto en el tablado, un conjunto tan gracioso.

Como muchos de esos jóvenes, pertenecían al muy benéfico Batallón de Bomberos de la Habana, del grupo de las célebres «Camisetas Rojas», se organizó en el año de 1892, una función a beneficio del cuerpo, con el objeto de adquirir un cuartel para el servicio de incendios y completar el instrumental de la música, pues todo el material, incluyendo las bombas y caballos, era costeadado por ellos.

Para satisfacer la curiosidad del lector, muchos de los cuales asistirían a aquella inolvidable representación, inserto el programa que combinaron aquellos simpáticos jóvenes, la mayoría de los cuales han pagado su tributo a la muerte.

Primera Parte

La comedia en un acto, arreglada del francés por don Emilio Mozo Rosales: «Roncar Despierto». Reparto: Clara, señorita Delmonte; Toribia, Eugenio de Santa Cruz; Juana, señorita López; Fernando, Nemesio Guilló.

Segunda Parte

1.—Orquesta del teatro. 2.—Pieza de canto por el señor Rigal. 3.—E. violinista don Fermín Valdés, primer premio del Conservatorio de Bruselas, en obsequio al cuerpo, tocará una de sus piezas favoritas. 4.—El chistoso monólogo titulado «Perfeto Zapatoste», original de Eugenio de Santa Cruz, recitado por él.

Tercera Parte

1.—Orquesta del señor Ankermann. 2.—Pieza de canto por el señor Villarreal. 3.—El episodio cómico-bufo, original de los jóvenes de «La Acera», «El camión reformado», con la célebre parodia de «Los frijoles», cantada en competencia por los señores Eugenio de Santa Cruz y Ramitos. Reparto: María, señora Delmonte; Luisa, señorita López; Victorino Illas, señor A. Arango; Alvaro Folganes, señor R. Mazorra; Un billettero, señor G. de Cárdenas; Perfecto dependiente, E. de Santa Cruz; Negro Domingo, señor Enrique Muro.



Esta función, que se efectuó en el teatro «Payret», de más capacidad que el «Tacón», fué un éxito de taquilla, pues muchos espectadores estaban de pie detrás de los palcos, siendo tan numerosas las repeticiones, sobre todo, «Los Frijoles» que la representación duró hasta las dos de la madrugada.

De todos los que tomaron parte de ese inolvidable espectáculo, el único que vive, es el violinista Fermín Valdés, recientemente operado, con éxito, por los doctores Gros y Emilio Romero, en el Instituto del Cáncer.

«La Acera», tuvo sus notas dignas de mención. En las puertas del «Cosmopolita» de Berenguer y Negra, se estacionaban todas las noches dos tipos curiosísimos. Uno de ellos llamado Juan, alias «Patilla», poseía en la calle de Acosta, al lado del Arco de Belén, una casa de tapadillo de alto copete, frecuentada por damas escogidas de la vida galante, las que él proponía por medio de varios agentes, sobre todo, por uno a quien llamaban «Chaveta». El otro personaje, era el popular vendedor de periódicos Trellés, que esperaba a que Pancho Negra lo llamara para que fuera a comer a la cocina. La quiebra de la «Caja de Ahorros» le pescó quince mil pesos, por lo que estuvo muchísimo tiempo fuera de juicio.

Se cometieron algunas calaveradas propias de la edad y de la clase de vida que la mayoría llevaba, pero ninguna de funestas consecuencias, para la sociedad, como ha sucedido recientemente.

En los Carnavales, todos los concurrentes a «La Acera», tenían la costumbre de lanzar huevos rellenos de harina contra los asistentes al paseo, los que contestaban en igual forma, hasta que prostituida dicha costumbre por lanzamiento de otra clase de proyectiles, fué prohibida por el Jefe de Policía, coronel Martínez, al recibir lanzado por Carlos Maciá desde los altos del café «El Louvre», en una de las condecoraciones que lucía en el pecho, un huevo relleno de vermellón. Este, que tenía un genio atroz, ordenó dar plana a la multitud reunida en «La Acera», cesando para siempre semejante diversión que obligaba a los que se ponían a tiro a ir vestidos de blanco, con gran satisfacción de los dueños de trenes de lavado.

REALMENTE, casi toda la juventud que frecuentaba aquellos lugares forma parte de lo que se ha dado en llamar los «Jóvenes de la Acera», perteneciendo muchos de ellos a los clubs de base ball «Hámana» y «Almendares», del primero de los cuales fué presidenta Josefina Herrera, condesa de Fernández, y Luis Rodríguez, del segundo.

Cuando se organizó la comparsa, «La Cruz Roja», sus componentes llegaron a cincuenta, escogiendo como disfraz dominó negro con una cruz roja en el pecho. El primer asalto, fué en casa de Bonelli, fabricante de un unguento que lleva su nombre, él que, habiendo obtenido un premio a la lotería de Madrid, daba un baile de máscaras en su casa de la calle de Concordia, al que acudieron con la premeditada idea de consumirle los comestibles y bebestibles que tuviera preparados.

Cuando llegaron, el baile estaba en su apogeo, recibiendo los Bonelli con demostraciones de alegría, aunque en su cara se reflejaba cierto malestar. En el patio había una hilera de sus barrilitos con laguer, de los que recibían Manecón y Pancho Negra, conteniendo cada uno ciento veinte copas, en total setecientas veinte, y en el comedor, una gran mesa con ramilletes, salvillas de dulces y botellas con varias clases de nébidas.

Lorenzo Betancourt y Carlos Maciá, se comprometieron a beberse un barrilito de laguer, lo que obligó a los demás a ingerir tan diurética bebida. Estuvieron más de dos horas atacando todo lo que podían, y fué de tal magnitud el ataque, que mientras Betancourt y Maciá se bebían las ciento veinte copas en aquel tiempo, los otros acabaron con todo lo demás.

El segundo asalto, estaba destinado a una casa aristocrática del Cerro, pero desistieron de darlo, pues salieron de allí en un estado lamentable, faltando abiertamente al Banco que prohibía hacer aguas en las esquinas.

Muchas noches establecían la Peña, en el parque frente al «Louvre», a la misma hora en que se formaban en otros lugares del mismo, la de los artistas, la de los periodistas y escritores, en la que figuraban Valdés Sotoca y el padre de los



12

4

Fobrerños, y la de los músicos, todas ellas integradas por noctámbulos, pues la del Bolsín, que se situaba frente al teatro «Albisu», se disolvía cerca de las once.

Como quiera que hacían de la noche día, resultaba que siempre estaban en «La Acera», un número considerable de ellos. La Peña, que se situaba frente al «Louvre», tenía por objeto esperar la terminación de las salas en las casas de la vida alegre.

Unas de esas noches, Néstor Aranguren, que siempre acudía por allí a última hora, se apareció con un paquete de periódicos para ponerlos en la silla, que siempre estaban húmedas por el rocío. Cerca de ellos, estaban dormidos tres individuos de mal aspecto, uno de los cuales roncaba estrépitosamente.

Eugenio de Santa Cruz, cogió uno de los periódicos y haciendo una pelota, fué a colocarla debajo de la silla del que roncaba, pegándole fuego. Esté, al sentir el calor en las posaderas, se levantó dando gritos, llamando a sus compañeros, profiriendo amenazas, dirigiéndose los tres en dirección a la calle de la Bomba, hoy Progreso, seguidos por un coro de trompetteillas y silbidos.

No habían pasado diez minutos, cuando se aparecieron, no en número menor de veinte, provistos de palos, piedras y otros materiales de ataque. Al recibir Enrique Muro la primera pedrada, se levantaron todos atacando a su vez, echando ellos a correr en dirección a la plazoleta de Albear. Al ver Feliciano Mallén, que se iban a internar en la calle del Obispo, disparó su revólver, con tan mala suerte, que la bala fué a herir a un Orden Público que desembocaba por la esquina de Bernaza, con el machete en la mano. La confusión fué enorme. En menos de un segundo se vieron rodeados de cuatro parejas, desapareciendo Mallén por la calle de Monserrate, el que afortunadamente fué visto por el guardia lesionado, el que le decía a los demás: «El que huye, me ha herido».

Acudieron varios oficiales que estaban en el café «El Casino», entre ellos Julio César Martín, Bens, Páramo, Mahy y otros, los que les condujeron a la Inspección más próxima, evitando que fueran conducidos por los guardias, por lo que pudiera suceder. El hecho no tuvo mayores

consecuencias, pues la herida del guardia era leve, limitándose la autoridad a buscar a Mallén, el que embarcó pocos días después para Francia, donde permaneció muchos años, encontrándose en la actualidad entre nosotros.

«La Acera», fué el reflejo de los componentes de la sociedad de aquella época. Muchas eran las personas respetables que acudían todas las noches a ese lugar encantador, atraídas por la simpatía que inspiraba aquel grupo de jóvenes bien educados y caballerosos, de los cuales eran, no solamente amigos, sino en muchos casos protectores, por cuyo motivo casi toda aquella juventud ocupaba cargos en la Administración, siendo muchos de ellos magníficos empleados, como Aurelio Altuérne y Raúl Sedano, que desempeñaban los Registros de la Propiedad, en los que ganaban mucho dinero con tan delicadas funciones.

Allí se reunían: el general Lachambre, Ignacio Sandoval, marqués de Sandoval, Miguel A. Herrera, pariente de Herrera Sotolongo, Joaquín Ruiz comandante de Ingenieros, José Mendo Figueroa, secretario del Consejo de Admon., Enrique Villavicencio, Consejero del Tribunal de Cuentas, Tomás Alonso Colmenares, sobrino del Presidente del Tribunal Supremo de España, Luis Felipe Jurado, capitán de Admon. Militar; Golzueta, del Cuerpo de Ingenieros, el general Fidel A. de Santoscildes, gastador como él sólo, y algunas veces el Intendente General de Hacienda, de apellido Cabezas, del que el abuelo de Márquez Sterling, decía: «Qué no tenía singulars».

Los titulados «Jóvenes de La Acera», eran numerosos, siendo los más conocidos, Enrique Muro, Nemesio Guillot, Alberto Jorrín, Eugenio de Santa Cruz, Agustín Laguardia, fallecido de muerte en los Pabellones del Cuerpo de Ingenieros Militares, Nicolás de Cárdenas (Colín), José y Ernesto Jerez y Varona, Gonzalo O-Farrill, José López Senén, teniente de Caballería, Oscar Helzt, uno de los mejores fotógrafos que ha venido a Cuba, Alfredo Arango, Felipe Romero, Eduardo Bonell, Raúl Kay, Charles Aguirre, Pedro P. Echarte, Jesús Sotolongo, Pío Gaurdord, Arturo Mora, Ignacio Sousa,



Luis Sabatés, Vilfla, Andrés Moreno de la Torre, Feliciano Mallen, Balbino Delfino, Gonzalo de Cárdenas, que en las encerronas que se celebraban en «Capellanes» y en la plaza de toros, llegó a matar con tal destreza, que el mismo Mazantini, lo felicitaba, y Ramón Hernández, fallecido recientemente, buen

jugador de base ball, noble amigo y correcto caballero, Agustín Cervantes, Gabriel de Cárdenas y un centenar más.

Había un reducido grupo, que medodeaba por los alrededores del café restaurante «Los Tres Hermanos», por «Fornés», por la calle de «San Miguel», y por «El Arieté», compuesto por una especie de gigolós, con todas sus generales. Elegantes, buenos mozos y hábiles bailaradores, siendo los más nombrados, Pancho Briñas, Carlos García, Juan Rodríguez (Rodriguito), José Estrada, José Quintana, que provocó el duelo entre Palacios y Angel Soler, teniente de Caballería efectuado en los altos del teatro «Payret», que le costó la vida a Palacios y algunos otros.

Jamás se hablaba de política, concretándose aquella juventud a votar por el partido Autonomista. La presencia de A. Maceo y sus visitas a «La Acera», en compañía de Alfredo Arango, produjo cierta efervescencia, siendo muy bien recibido, hasta por algunos militares, entre ellos, Santos Gilde, que el destino hizo que ambos fueran víctimas de la guerra.

Todos ellos, sabían que aquella juventud se había comprometido a formar parte de la revolución que se preparaba, sin que tomaran ninguna medida para evitarlo. Se conspiraba en alta voz, haciendo la vista gorda a las entrevistas que Maceo celebraba con Moreno de la Torre y otros conocidos separatistas, en su habitación del hotel «Inglaterra».

Toda aquella juventud, espíritus selectos, criada entre peñales, apesar de los sports, y mimada por una sociedad, fué heroicamente a sufrir las penalidades de la manigua, cayendo como hojas arrancadas por un vendaval. Pocos resistieron cambio tan brusco de vida en una gue-

rra que fué más contra la naturaleza, que contra un enemigo que la quería prolongar con fines especulativos.

«La Acera» no existe, desde la noche en que Julio Sanguily, que siempre creó problemas en aquel lugar, penetró en el café «El Louvre», zona no evacuada todavía por el ejército español, en unión de otras personas, provocando por su imprudencia y la del borracho de Aldereté, la muerte de su ayudante Jesús Sotolongo, mi inseparable amigo, y la del estudiante Jiménez Blesa, que dejó los sesos en la pared de la esquina de la calle de San Rafael, y al cual nadie recuerda.

La presencia de la Comisión Americana, hospedada en el hotel y la intervención del hijo de Jiménez Castellanos, que ordenó la formación del batallón de «Colón», frente a «La Acera», evitó una noche sangrienta parecida a la de San Bartolomé.

El «Louvre» está cerrado y sólo debe llamarse esa parte histórica de la ciudad «Los portales del hotel «Inglaterra».



EL COFRE- DE RECUERDOS -LOS PRIMEROS "TACOS" DEL LOUVRE.

LO QUE ES HOY LA ACERA DEL LOUVRE SE VENDIO EN 1736 en \$89.- EN 1757 VALIA \$520; EN 1836, \$1,936.50. SU VALOR AC TUAL ES FABULOSO EN COMPARACION CON LA CIFRA INICIAL PAGADA POR LA FINCA QUE FUE ESTANCIA O HUERTA DE DON SEBASTIAN CAL- VO DE LA PUERTA Y GATICA.

muchas vicisitudes con el capitán general de la

nó el local en un alarde impertinente, naciendo



La Esquina de Prado y San Rafael, donde puede verse el Café Itecho de cua



LINEA de edificios que ocupan las dos cuadras de la calle del Prado, de San José a San Miguel, están construídos en terrenos de la que fué

huerta o estancia de don Sebastián Calvo de la Puerta y Gatica, a él y a su padre, cedidos en virtud de mercedes condicionales de tierras que les hizo el Cabildo habanero en los años 1703 y 1717. Comprendía un área de ciento cuarenta y cinco cordales cuadrados de superficie que en el año de 1736 fué tasado en la cantidad de ochenta y nueve pesos. Sus herederos en el año de 1757 vendieron parte de ella en quinientos veinte pesos a don Francisco Jayser Carraga, abuelo de los Silveiras, quienes, por el año de 1857 eran dueños de muchos solares en este lugar. Otra parte de la estancia volvió de nuevo a la Hacienda que la aprovechó para agregarla al Jardín Botánico, fundado el año 1818. En el plano de esta estancia, hecho el año 1736, por don Bartolomé de Flores, se ve que ella abarcaba, poco más o menos, una pequeña parte de

Lo Que es Hoy la Acera en 1736 en \$89. - En 1757 \$1,936.50. Su Valor Actual en Comparación Con la Cifra de la Finca Que Fué Estancia de don Sebastián Calvo de

la esquina del parque del Capitolio, parte de la manzana ocupada por el Teatro Nacional. Toda la manzana a la que pertenecen las casas que dan frente a la Acera del Louvre, algo más de

EL PAIS GRAFICO

Semanario Editado en la Habana, Cuba, por la Empresa Editora EL PAIS, S. A.

Redacción, Administración y Talleres:

GALIANO Nº 258.

Director: FELIX SOLONI.

Acogido a la franquicia postal e inscripto como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

Domingo, 13 de Noviembre de 1938.

esa noche ptesiar el referido baile, tuviese especial cuidado en disponer que Escauriza se cerrase a las once de la noche. Llegó la hora, dirigióse O'Reilly a cumplimentar la orden y alla

se colocó una gran fuente de que y que en la misma plaza y frente a la calle Santa Bárbara, (San Miguel) había una pequeña fuente de la que se surtía de agua aquel vecindario.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

“POR EL CABALLERO DE ANTAÑO”

centro, la más ancha, podían correr cuatro carruajes apareados, las dos laterales, más angostas, con unos pocos asientos de piedra, servían para la gente de a pie, hombres solamente, reduciéndose el recreo diariamente a girar en torno de la estatua de Carlos III y la Fuente de Neptuno, cuando la concurrencia era corta, que cuando era mucha se extendía hasta la de los Leones o cualquier otro punto intermedio. La referida Fuente de Neptuno fué restaurada en 1827, después de muchos años de lamentable abandono.

En la esquina de San Miguel existía un Correccional de esclavos que se trasladó antes de 1830 al lugar que ocupa el Teatro Nacional, construyéndose en dicha esquina de San Miguel y en el referido año, un edificio que ocupó el café Angel. Este café de Angel ya había desaparecido en 1857.

El 7 de julio de 1836 se concede a don Francisco Marty y Torrens, a censo redimible, las 5.677 varas cuadradas del terreno que estuvo destinado al Jardín Botánico, lindando con la Alameda frente a la puerta del Monserrate, para que construya un teatro, cuyo valor asciende, según justiprecio de a catorce reales la vara, a nueve mil novecientos treinta y seis pesos y medio real, pero en el concepto de que si en algún tiempo quisiese Marty destinar el terreno a usos distintos podía la Hacienda reasumirlo para los preferentes suyos, o abonará el mismo Marty, si la Hacienda no necesitase el propio terreno, su valor al contado. Tres años más tarde adquirió Marty de la Hacienda en la misma forma las qui-

nientas varas restantes que completaban la manzana.

Poco antes de la fecha anterior empezaron a construirse casas para viviendas en la cuadra que hoy en día ocupa la Acera del Louvre y, entre ellas, tal vez la primera, la de una sola planta techada de tejas destruida por 1841 para construir en su lugar el edificio de dos plantas y azuleo que ocupó el Café de Escauriza. En este año se pagó dicho terreno a razón de veinte y cinco pesos la vara.

El dueño del Gran Teatro de Tacón que desde noviembre de 1837 había cedido una parte de los salones, que después ocupó el Café de Brunet, al prestidigitador Herz Blitz, con el fin de que diera algunas funciones, mientras él terminaba sus obras interiores, abrió sus puertas con seis grandes bailes de disfraces, de los cuales tuvo lugar el primero el domingo 28 de febrero de 1838. Pocos días después, el domingo 15 de abril, estrenó el teatro con el drama “Don Juan de Austria”.

Construido el edificio de Escauriza sin portales como las otras más modestas de la cuadra y con sus estrechas aceras frente a la calle del Inmediato paseo, la primera noticia que de él tenemos lo paseó, la primera noticia que de él tenemos fué el célebre incidente conocido por la bataca de Ponche de Leche, que no sé por qué me imaldea provocada por los jóvenes elegantes que usaban a aquel café y que dividían diariamente su vida entre dicho café, sus estudios y el Gimnasio con Sala de Armas y Equitación, fundado por Domingo del Monte y varios amigos, después

muchas vicisitudes con el capitán general de la Isla renuente a conceder el permiso para ello. Con motivo de unas fiestas reales celebradas en la proclamación de Isabel III se hicieron gastos que debió costear el Ayuntamiento, quien no encontrándose desahogado de fondos, en vez de hacer el pago convino con Pancho Marty, dueño de Tacón, en que éste lo satisficiera con el producto de los bailes que diera en el Carnaval de 1844 y con el fin de hacer la ganancia segura prohibióse se celebrasen en los demás cafés y casas públicas inmediatas al Teatro, disponiéndose que éstas se cerrasen durante los bailes de máscaras a la hora ordinaria de las once de la noche, según las ordenes de aquella época. Al verificarse el primero de aquellos bailes, la noche del 18 de febrero de 1844, la gente reunida en el citado café de don Juan de Escauriza y Lartra (fallecido el 22 de agosto de 1863) opusieron alguna resistencia a las invitaciones que para salir del local les hizo, a las once de la noche y repetidamente después, el comisario del barrio, quien en vista de tanta desobediencia dió cuenta al regidor, don Félix Ignacio de Arango, que presidía en el inmediato Teatro de Tacón. Pasó Arango al café y dispuso que una parte de la tropa que formaba el piquete del teatro reforzara a los “salvaguardias” del Comisario y que juntas cerrasen a la fuerza las puertas del establecimiento, pero al ver el público la lentitud con que se ejecutaba la orden de Arango y la blandura de los delegados de la autoridad hicieron entonces más ostensible su resistencia a abandonar el local. Avizado de nuevo Arango, en vez de exigir que sus ordenes se cumpliesen, usó complacencias peligrosas, mandando retirar la tropa, dejando el café abierto toda la noche y omitiendo dar parte de lo sucedido al Capitán General, como era su obligación. Tan pronto se enteró O'Donnell de lo sucedido formó causa al Regidor Arango, pasando éste, detenido, al Castillo del Morro. El siguiente martes 20 se celebraba el último baile de Carnaval, y celoso O'Donnell de su autoridad encargó encarecidamente al teniente de gobernador o teniente alcalde tercero, don Fernando O'Reilly, a quien correspondía esa noche presidir el referido baile, tuviese especial cuidado en disponer que Escauriza se cerrase a las once de la noche. Llega la hora, dirigiéndose O'Reilly a cumplimentar la orden y alla-

nó el local en un alarde impertinente, haciendo ostentación impropia y exagerada para vencer la resistencia que pudieran oponerle las personas allí reunidas a salir del café, pero mereció de éstas un recibimiento y trato desabridos, obteniendo, sin embargo, que abandonasen el local, pero al hacerlo manifestaron el disgusto que la medida les producía, distintos grupos formados en la acera y en frente del establecimiento, al extremo que de uno de ellos arrojaron encima de O'Reilly un vaso de ponche de leche, que excitó la hilaridad general e hizo prorrumpir a los que lo presenciaron en gritos y silbidos. Irritado el Teniente-Alcalde prendió con tal motivo, con el auxilio de las otras autoridades de la plaza y de las locales de los barrios inmediatos que le acompañaban, a cinco individuos de los que en aquel momento permanecían más inmediatos a su persona, quienes después aparecieron ser “jóvenes de regular conducta, de no sospechosos antecedentes, ni dañosa intención”, según refiere el historiador Zaragoza, de quien extractamos estas noticias sobre el particular. Todo esto produjo el consiguiente alboroto que llegó a oídos del Capitán general O'Donnell, quien se presentó a caballo en el sitio de la ocurrencia, mandando despejar los corrillos que se habían formado en las cercanías del café, en cuyo acto los caballos de su escolta derribaron al suelo las mesas con refrescos y ponches, situadas en frente del lugar del baile.

En 1840 destruyóse totalmente la Fuente de Neptuno, frente a las calles de San Miguel y de Neptuno, y a sustituirla acudió presurosa la Junta de Fomento en 1841, construyendo en su lugar una cascada rústica, en la que sembraron flores y yerbas entre sus rocas, deslizándose el agua en poca cantidad, abriéndose en el piso de la glorietta el lecho de la cascada, resguardado con lindas conchas marinas. Del Dios Neptuno no se tienen noticias exactas de su paradero, pero la suerte, las figuras y sirenas fueron a parar a la Quinta de los Molinos, donde se encontraban el año 1916, según el doctor Sánchez de Fuentes, quien agrega que Cartas y Arboleya refieren que en 1856, en el lugar de la cascada se colocó una gran tarola de gas y que en la misma plaza y frente a la calle Santa Bárbara, (San Miguel) había una pequeña fuente de la que se surtía de agua aquel vecindario.

2

También en 1840 se modificó el paseo del Prado, desde la calle de Neptuno hacia su final, construyéndosele una plazoleta frente al Teatro de Tacón, dándosele al referido tramo el nombre de Isabel II. En esa plazoleta, a cuyo fondo seguían dos de las hileras de árboles del anterior paseo a más de otros muchos que les fueron sembrados por donde hoy es Parque Central, se colocó en dicho año de 1840 la estatua de bronce, de metro y medio de alto, representando a dicha Soberana a la edad de seis u ocho años. Estaba sobre un pedestal de mármol y rodeada de una verja de hierro; y fué derribada en 1853. En el mismo sitio fué colocada otra estatua de mármol de dicha Reina, el año 1857, la que fué trasladada en 1863 a un parterre que se había construido frente a Escauriza, en donde estuvo hasta 1869, en que se quitó de allí, a causa de la revolución contra los Borbones, y fué guardada en la capilla de la Cárcel.

En el año 1859 el paseo del Prado e Isabel II sigue constituido por la calle principal, las dos de los costados para la gente de a pie y la otra para los carruajes que se dirigen a las casas de los costados y con la Fuente de la India, la estatua de Isabel II, la pila de los Genios y la de la Cárcel. El paseo empezaba después de las cinco y media, en tiempo de verano, pasando por él los carruajes para dirigirse al otro de Tacón, donde podían comer con más libertad, volviendo a la caída de la tarde, o cerca del oscurecer, al de Isabel II, en el que formando hilera los carruajes extendiéndola a proporción de los que hay, están dando paseos arriba y abajo hasta entrada la noche que se retiran a sus casas.

También en la época anterior, a más del café, billares, dulcería y confitería de don José Brunet, en el Teatro Tacón, existían, en la Acera del Louvre, los salones, café, billares, baños, dulcería y confitería de Escauriza, marcada con el número 128; el hotel Legrand, con el número 124; el hotel y restaurant de Bernard Douce, con el número 122; las casas marcadas con los números 118 y 120, habitadas probablemente por familias; la casa número 116, en la que aparecen dos comercios, en que uno es un almacén de azúcar al por mayor y menor, de don José I. Echeverría, y el otro la carpintería de Narciso Pochos,

que años más tarde se convirtió en billares y carpintería de Nadal; a la anterior le seguía la chocolatería "Bayonesa", situada en Prado, esquina a San Miguel y después, marcado con el número 114 y medio existía un puesto de frutas, de Ramón González. La bodega de don Alonso tenía el número 114.

Por esta época también, o sea, por 1858 y 1859, ya los barrios de la Salud y San Lázaro contaban, en conjunto, con 344 manzanas de casas, fabricadas en comparación con las que tenían sesenta años antes.

Desde años antes, en los salones de Escauriza se daban exhibiciones públicas. En 26 de marzo de 1853 leemos una muy notable de figuras de cera y en 15 de junio de 1862, leemos otro baile dado en los altos del café, con el título de "Recreo de Colón".

En octubre 30 de 1862 se establece en el repetido café un gabinete de lectura, donde hallaría la concurrencia todos los periódicos diarios y semanales de la ciudad, algunos de otros puntos de la Isla y varios de los que se publican en los Estados Unidos e Inglaterra y un libro de avisos que a todas horas está a disposición de cualquiera que guste valerse de sus páginas para dejar alguna cita, algún apunte o noticia con destino a la persona indicada allí mismo por escrito.

Allí, en noviembre de 1862, se exhibió, en el café, un gigante natural de Suez, en la Arabia feliz, de 25 años de edad, con peso de cuatrocientas veinte y cinco libras, de una estatura colosal, musculatura muy desarrollada y de formas atléticas. También leemos que en 19 de noviembre de 1863, en los salones del café, se celebró un gran bazar, a favor de la Asociación de Beneficencia Domiciliaria, de la que era presidenta la condesa O'Reilly, a beneficio de los pobres.

Al año siguiente desapareció el nombre de Escauriza, convirtiéndose en el Louvre y conociéndose desde entonces como "tacos" de aquel lugar a los muchachos "bien", que lo frecuentaban desde que aquella se conocía con el primer nombre. Fernando Ortiz, en su "Catauro de Cubanismos", define la palabra taco de la siguiente manera: "Desvergonzado, desenfadado, provocador, guapo, valiente". Agrega que el Diccionario de la Academia sólo trae esta voz en "aire" de taco, por desenfadado. También escribe que en Cuba decimos "lucir el taco", por fanfarronear, gupear, "elegantear".

Tenemos noticias de algunos de esos "tacos del Louvre", que frecuentaban aquel lugar por el año 1866. Aquellos muchachos tuvieron un incidente político, se puede decir, en una función que a beneficio de los familiares de un gran cubano fallecido se celebró en el teatro de Tacón la noche del 19 de abril de aquel año. Una completa narración sobre este suceso ha sido escrita en el tomo XVIII del Boletín del Archivo Nacional y los nombres después ilustres y prestigiosos de aquellos muchachos a quienes el roñoso historiador Zaragoza nombraba "locos del Louvre" o "jaques", son los de Cándido y Manuel Rodríguez, Nicolás Sarachaga, Juan y Luis Montalvo, Manuel Suárez, Miguel Andux y Angel Criado.

LA ACERA DEL LOUVRE

Por Luir Bay Sevilla.

RESULTA difícil escribir sobre la Acera del Louvre, sin dejar de repetir lo que otras plumas más brillantes que la mía, han expresado en diversas oportunidades. Y, sin embargo, como cuento para redactar este trabajo con la colaboración del acucioso investigador, mi querido amigo Arturo Lavín, me anima la esperanza de que podré redactar algunas cuartillas, reseñando hechos y cosas, que constituyen temas de gran interés para cuantos les agrade conocer nuestro pasado, ya que algunos de los hechos que he de comentar no sólo son desconocidos para la nueva generación, sino también para muchas personas que peinan actualmente canas, pues se remontan a años anteriores al 1840, época ésta en que, donde vemos actualmente el Hotel Inglaterra, sólo existían dos casitas, una de mayor puntal que la otra, y ambas con cubiertas de tejas de tipo español.

En aquellos lejanos días, no existía todavía el Parque Central, contando aquel lugar con tres pequeñas plazas, distribuidas del siguiente modo: una en el frente del Teatro de Tacón, que tenía en su centro la estatua en bronce de la reina Isabel II, estatua ésta que fué emplazada muy próxima al citado teatro el día 19 de noviembre de 1840; otra que tenía en su centro la Fuente de Neptuno y se desarrollaba junto a la Bodega de Alonso, frente a las calles de Prado, Neptuno y San Miguel; y la tercera, que estaba emplazada entre las dos ya citadas teniendo en su centro la pequeña Fuente que existe actualmente en la Plaza de la Fraternidad, frente al Palacio de Aldama.

La Acera del Louvre, puede así afirmarse, cubre una época muy interesante de aquel hermoso pasado de Cuba, en que cada mente cubana abrigaba en su cerebro el ideal de la Patria Libre y el anhelo vivísimo de verla emancipada del yugo colonial.

o o o

La Acera del Louvre, en su época primera que se inicia en 1868 y termina en el año 1895, al comenzar la guerra que nos hizo libres, era un lugar donde se reunían distintos grupos de personas decentes, de ideas, gustos y aficiones diferentes. Y, entre esos grupos, se destacó siempre el que por antonomasia denominaron primero *Tacos del Louvre* y más tarde *Muchachos de la Acera*. En efecto, muchachada loca, divertida y reñidora, a la que comparó acertadamente en una ocasión el gran tribuno Lcdo. Mario García Kolhy como la famosa *Juventud dorada* de cierto Rey de Francia cuyo nombre no viene al caso en este momento.

En los primeros tiempos, estos *tacos* o *muchachos*, se reunían en el café El Louvre y en su acera, Prado esquina a San Rafael. Años después, las reuniones llegaban a los Helados de París y Hotel Telégrafo. Y en los últimos tiempos de la colonia, la Acera se extendía desde este último lugar hasta la esquina de San Miguel, siendo éste el sitio donde solían reunirse algunas personas, viciosas y de moralidad poco recomendable, con quienes no mantenían relaciones de amistad los jóvenes que frecuentaban el tramo de San

D.M. marzo 6/947

Rafael hasta el Hotel Telégrafo. En este aspecto, existió en todas las épocas un instintivo exclusivismo, principalmente en los primeros tiempos, es decir, antes del año 1895. Ciertamente que iban muchos a la Acera del Louvre, pero eran muy pocos los que verdaderamente formaban parte del grupo de *muchachos*.

Refiriéndonos históricamente a los edificios, podemos decir que en la esquina de San Miguel y Prado, existió un «Correccional de esclavos», que en el año 1829 se le trasladó al lugar que ocupó después el Teatro de Tacón. En el año 1830 se levantó en la esquina de San Miguel, donde se encontraba esa dependencia, un edificio que ocupó durante algunos años el café El Angel, casa que cerró sus puertas en el año 1855.

El día 7 de julio de 1836 se concedieron a don Francisco Marty y Torrens 5,677 varas cuadradas de terreno a censo redimible, parte del que ocupara durante algunos años el Jardín Botánico, tasándose el valor del terreno a razón de catorce reales la vara cuadrada, dándosele con la condición ineludible de que debía levantar en él inmediatamente un teatro. Y de acuerdo con esa condicional, dió Marty comienzo en seguida a las obras, que avanzaron con tal rapidez que en la noche del 15 de abril de 1838, Domingo de Resurrección y víspera precisamente del día en que cesaba el general Tacón en el mando de Cuba, era inau-

gurado el teatro, con la comedia en cinco actos del autor francés Scribe, traducida al castellano por Mariano de Lara y titulada «Don Juan de Austria» o «La Vocación», ofreciéndose además unas preciosas *Boleras*, desempeñadas por doña Reyes Valencian, que se presentaba por primera vez ante el público de La Habana, iniciándose la función, según la costumbre de entonces, a las siete y media de la noche.

En los primeros tiempos de inaugurado el Teatro de Tacón los caballeros ocupaban las lunetas. Las señoras se sentaron por primera vez en ellas a partir del día 4 de marzo de 1849 en una función de los funambulistas cubanos hermanos Ravales y en virtud de una campaña que hicieron en ese sentido los cronistas teatrales de la época.

El día 1 de junio de 1855 se cambió el asiento de madera que tenían las lunetas por otro de rejilla.

En el año 1839 adquirió don Pancho Marty, también a censo redimible, las 500 varas cuadradas que completaban la manzana, prolongando entonces su propiedad hasta la calle de San José.

Como las obras del teatro, a pesar de haber sido inaugurado, no estaban totalmente terminadas, decidió Marty alquilar la parte del vestíbulo, que años des-



21

pués ocupó el Café de Brunet, a un pres-
tidigitador de nacionalidad alemana nom-
brado Horz Blitz, para que ofreciera allí
algunas funciones, en tanto se termina-
ban las obras, iniciando de nuevo el tea-
tro sus actividades en la noche del 28 de
febrero de 1838, al celebrarse el primero
de los seis bailes de Carnaval que allí se
celebrarían en dicho año.

El domingo 15 de abril del propio año
se celebró allí una función llevando de
nuevo a escena el drama «Don Juan de
Austria».

En los finales del año 1836 comenzaron
a construirse edificios residenciales en la
cuadra limitada por las calles de San Ra-
fael y Neptuno que en la actualidad se
conoce por la Acera del Louvre, siendo
las primeras de ellas, dos casitas de una
sola planta y de puntales diferentes, con
techos de tejas, que fueron demolidas a
mediados del año 1841 para construir en
el solar el edificio de dos plantas que
ocupó durante muchos años el Café de
Escauriza. Ya el terreno por aquellos al-
rededores había subido de valor, pues el
nuevo propietario tuvo que pagarlo a ra-
zón de 25 pesos la vara cuadrada.

Construido sin portales el edificio que
ocupó el Café Escauriza, como todas las
casas de esa misma cuadra, la primera
noticia que tenemos de este estableci-
miento fué el célebre incidente conocido
por «La batalla de ponche de leche», pro-
vocada por los jóvenes que concurrían a
los bailes de Carnaval que se celebraban
en El Escauriza y también al Gimnasio
con sala de armas y equitación, que ha-
bía establecido don Domingo del Monte,
asociado a otros amigos, en la calle de
Consulado esquina a Virtudes.

Este incidente, que se desarrolló en la
noche del 20 de febrero de 1844, Do-
mingo de Carnaval, fué provocado por
un grupo de jóvenes que se negó a aban-
donar a las 11 de la noche el salón de
balle del café Escauriza, según se dispo-
nía en el Bando dictado por el Capitán
General, para favorecer a don Pancho
Marty, pues a éste, que era propietario
del Teatro de Tacón, le había sido con-
cedido, a cambio de cierto pago muni-
cipal, el privilegio exclusivo durante 25
años, de ofrecer en su teatro seis bailes
de Carnaval, y para asegurarle mejores
utilidades, se prohibió en el año 1844
que pudiese celebrarse bailes de ese gé-
nero en los salones o cafés que estuviesen
situados en las inmediaciones del Teatro
de Tacón. Debían éstos, por lo tanto, de
acuerdo con lo dispuesto en el «Bando de
Buen Gobierno» promulgado por el Go-
bernador General, cerrar sus puertas a las
11 de la noche. Y aquel Domingo de Car-
naval, primero en que estaba en vigor tan
abusiva orden, los concurrentes al Café
Escauriza se declararon en rebeldía, es
decir, se negaron a desalojar el esta-
blecimiento a la hora indicada, alegan-
do, a nuestro juicio con toda razón, que
tomar café o ponche no era precisamen-
te hacer competencia, ni menos restarle
concurrencia al baile de máscaras del
Teatro de Tacón, desobedeciendo firme-
mente al regidor don Félix Ignacio Aran-
go que presidía aquella noche dicho bai-

le y que acompañado de un piquete de
tropa y de varios comisarios y salvaguar-
dia, ordenaba al propietario el cierre in-
mediato del establecimiento. Pero, viendo
Arango el aspecto de gravedad que to-
maba el asunto, pues ninguno de los allí
reunidos desalojaba el café, para evitar
un escándalo mayor, se retiró de aquel
lugar y el Café Escauriza permaneció
abierto toda la noche.

Pero he aquí que al enterarse de lo
ocurrido el gobernador y capitán general
don Leopoldo O-Donnell, ordenó el arres-
to del regidor Arango y dispuso a la vez
que el martes siguiente, día de Carnaval,
o sea dos días después de este suceso, el
teniente de alcalde tercero don Fernan-
do O-Reilly, a quien correspondía presidir
el baile de Tacón de aquella noche, lle-
vara a cabo el cierre del Escauriza a las
11 de la noche, por lo que el propio
O-Reilly, a la hora indicada, trató de
dar cumplimiento a la orden de O-Don-
nell, haciéndose al efecto acompañar de
tal cantidad de fuerza pública, que aque-
llo más que para el cierre de un café, pa-
recía la toma de una plaza bien defen-
dida. El público que estaba en el café
al verlo llegar protestó ruidosamente, y el
que estaba en el exterior comenzó a gritar
y silbar desaforadamente, lo que encole-
rizó de tal modo a O-Reilly que ordenó
el arresto de cinco de los jóvenes protes-
tantes, en tanto que uno del grupo, indigna-
do por lo que estaba ocurriendo, lanzó
sobre el funcionario municipal el vaso de
ponche caliente que estaba tomando, de-
jándole el traje negro que vestía total-

mente manchado de leche. El escándalo
crecía cada vez más, de modo tal, que
obligó al gobernador O-Donnell a tomar
una acción personal, y al efecto, montan-
do en su caballo y seguido de una nu-
merosa escolta de lanceros, se personó en
el lugar de los sucesos, atropellando sal-
vajemente al público allí agrupado y de-
rribando las mesillas con refrescos que
se habían establecido por los alrededores
del Escauriza, logrando, como era natural
que así ocurriera, imponer el orden. Los
«tacos de la acera», con su inagotable
buen humor, calificaron jocosamente
aquella refriega con el nombre de «La
batalla de ponche de leche», que fué ga-
ganada sin dispararse un solo tiro, pues
O-Donnell logró cerrar aquella noche el
Café de Escauriza, entregando a la Co-
misión Militar a los cinco jóvenes acusa-
dos, tres de los cuales se apellidaban
Consuegra, Charun y Torres, los que fue-
ron recluidos en el castillo del Principe,
hasta el día 29 del propio mes que sa-
lieron deportados para Espafia, a bordo
de la fragata «Carmen».

o o o

Los años fueron transcurriendo, y allá
por el 1859 a más del «Café, billares,
dulcería y confitería de don José Brunet»,
establecido en lo que era vestíbulo del
Teatro de Tacón, existían por aquellos



alrededores el «Café, billares, baños y dulcería de Escauriza», que ocupaba la casa marcada con el número 126; contiguo a ella, o sea en la 124, estaba el Hotel Le-grand», encontrándose en la 122 el «Hotel y restaurant de don Bernard Douce». Las casas 118 y 120 se encontraban habitadas por familias, y en la 116 existían dos comercios, uno el almacén de azúcar al por mayor y menor del que era propietario don José Y. Echeverría, y la carpintería de Narciso Pochos el otro, industria que más tarde se transformó en «Billares y carpintería de Nadal», siguiéndola la casa marcada con el número 114, donde estaba la chocolatería «La Bayonera», situada en la esquina de la calle de San Miguel, ocupando la 114 y medio, un puesto de frutas de la propiedad de Ramón González. La Bodega de Alonso, de que hablamos la semana anterior, tenía también el número 114.

o o o

El café de Escauriza se encuentra muy ligado a la historia de la Acera del Louvre, pues allí se desarrollaron infinidad de sucesos. en los que principalmente intervinieron «los muchachos», asiduos concurrentes a aquel simpático lugar.

Durante los años de 1859 al 59, se ofrecieron en sus salones exhibiciones y bailes públicos, y según hemos tenido ocasión de leer, el 26 de marzo de 1853, se inauguró allí una muy notable exhibición de figuras de cera. También, según también hemos leído en la prensa de la época, el 15 de julio de 1862, se celebró allí, con el nombre de «Nuevo Colón», un baile que resultó animadísimo. El 30 de octubre de ese mismo año, se estableció en él un gabinete de lectura donde, según se anunciaba, encontrarían los concurrentes todos los periódicos diarios y semanales de La Habana, algunos de ciudades y pueblos del interior, y varios más de los que se editaban en Londres, Francia, Estados Unidos y España. Allí se estableció simultáneamente con el «gabinete de lectura», un «libro de avisos», que a todas horas estaría a la disposición del público, bien para concertar alguna cita, o para enviar recados o noticias a personas que residieran en la capital.

En el mes de noviembre de 1862, se exhibió en el Escauriza un gigante de 25 años de edad, nativo de Suez, en la Arabia feliz, hombre cuyo peso era de 425 libras, con una estatura de poco más de ocho pies y de muy desarrollada musculatura.

También allí, el 19 de noviembre de 1863 se celebró un gran Bazar o fiesta de caridad en favor de la Asociación de Beneficencia Domiciliaria, de la que era presidenta la Condesa de O-Reilly.

El 22 de agosto de 1863 falleció el propietario de este establecimiento, don Juan de Escauriza y Lástra. Sus herederos al mes siguiente, vendieron la casa a don Joaquín Payret, quien en el acto le puso el nombre de «El Louvre» al café y restaurant que funcionaba en la planta baja, manteniendo el de «Escauriza» a los salones de la planta alta, donde continuaron ofreciéndose grandes bailes.

Y es desde esta fecha que comenzaron aquellos «muchachos», algunos de muy buenas familias, a conocerse con el nombre de «Tacos del Louvre». Algunos de ellos tuvieron frecuentes incidentes de carácter político con las autoridades españolas de la época, uno de los cuales fué el que se desarrolló en la noche del 19 de abril de 1866, con motivo de celebrarse en el Teatro de Tacón una función benéfica en favor de la viuda y de los hijos del malogrado hombre de ciencias doctor Ramón Zambrana, que fué uno de los cubanos más instruidos de su época.

El origen del incidente fué la rechifla que dos días antes y en el propio Teatro de Tacón se le diera al tenor catalán José Boy, cantante mediocre que tuvo la osadía de cantar allí la ópera «Hernani». Y como el genio del mal ladra en mil formas cuando no puede morder, parece, según las crónicas de la época, que algún amigo del artista lanzó la idea de que por ser catalán lo habían chiflado, originando esta melóvola versión, que un grupo de exaltados españoles acudiera a aquel teatro la noche del 19 dispuesto a silbar a los artistas cubanos que tomarían parte en la función benéfica en favor de la familia de Zambrana. Y en efecto,

cuando la señorita Adela Robreño leía unos versos, resonaron algunos chiflidos en la galería alta, que lograron apagar los aplausos del público de lunetas y palcos, pero cuando después el joven poeta Alfredo Torroella hizo su aparición en la escena, toda aquella gentuza, agrupada en las localidades altas, comenzó a silbarle, de modo tal, que los aplausos del público serio no pudieron, como había ocurrido con la señorita Robreño, apagar los silbidos, teniendo al cabo que retirarse Torroella sin poder cumplir la parte que tenía en el programa. Aquellos salvajes creyeron vengar de ese modo la rechifla propinada, por ser muy mal cantante, al tenor José Boy.

Y, como el escándalo dentro del teatro fué mayúsculo, intervino la fuerza pública arrestando solamente a un grupo de jóvenes cubanos, unos dentro del teatro y otros cuando descansaban en sus domicilios en horas de la madrugada, figurando entre ellos, Cándido y Manuel Rodríguez, Miguel Andux, Nicolás Sarachaga, Juan y Luis Montalvo, Manuel Suárez y Angel Criado, a quienes acusaron de «locos del Louvre» y de pertenecer a una sociedad secreta nombrada «tacos del Louvre».

Este fué, indudablemente, el primer incidente político, entre los tantos que surgieron después, entre los jóvenes cubanos de la Acera del Louvre y las autoridades militares españolas de la colonia.

En la próxima semana terminaremos esta narración de la «Acera del Louvre», citando varios nombres de los primeros «tacos de la Acera», y de los que allí concurrían después de terminada la Guerra de Independencia, con la cita de algunos sucesos y anécdotas allí ocurridos, muchos de ellos poco conocidos o ignorados por la actual generación.





He aquí un toro como ya no suele verse. No sólo en pesnúpulos de hoy, hasta convertirse en cosa de juguete, sino el poder, la bravura, que derrocha escarbando en la arena (ce la fotografía.

Dedicada a mis queridos amigos, los viejos e inteligentes aficionados don Miguel Roldán, don Joaquín Rodríguez y Monteagudo y don Manuel Vinent.

lantados). ¿Pue comparación en co años y un la misma exp que un toro é oran dif

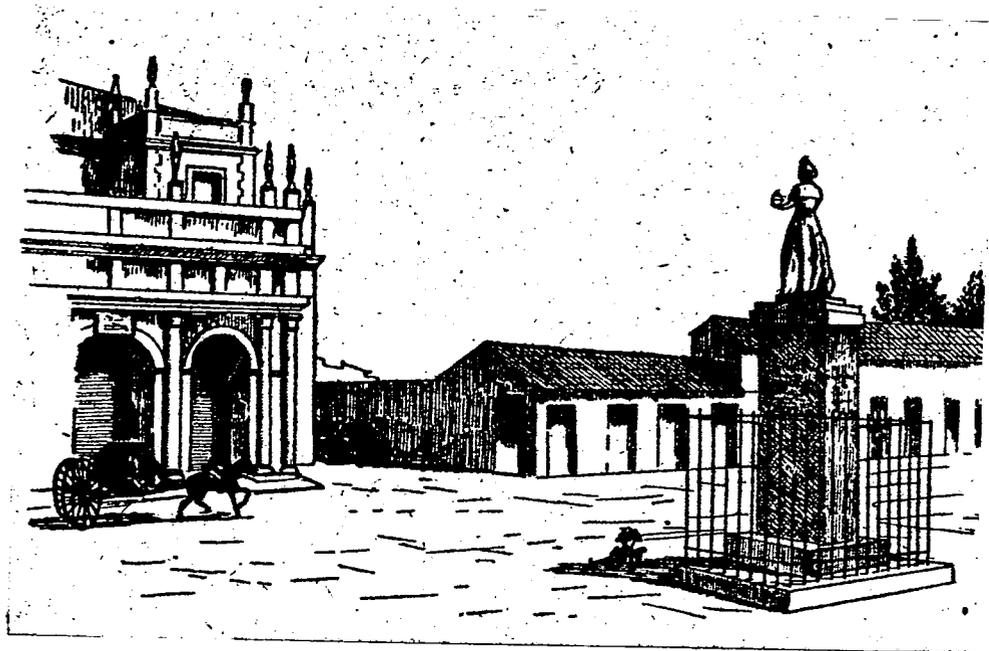


PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR



El Parque Central en el año 1888. Venen al fondo, de izquierda a derecha, el café «El Louvre»; el «Hotel Inglaterra»; el «El Cosmopolita», sin la cue final; el «Hotel Washington»; los «Helados de París»; el salón y barbería «El Pilar de Zaragoza», que era dirigida por el señor G. España, siguiéndole el edificio ocupado por el «Hotel Telégrafos». Al fondo se destaca, ampliamente, una casa de dos plantas con diez huecos de puertas, donde solar se levantó después el edificio de tres plantas que existe en la actualidad, la esquina de Prado y Neptuno.

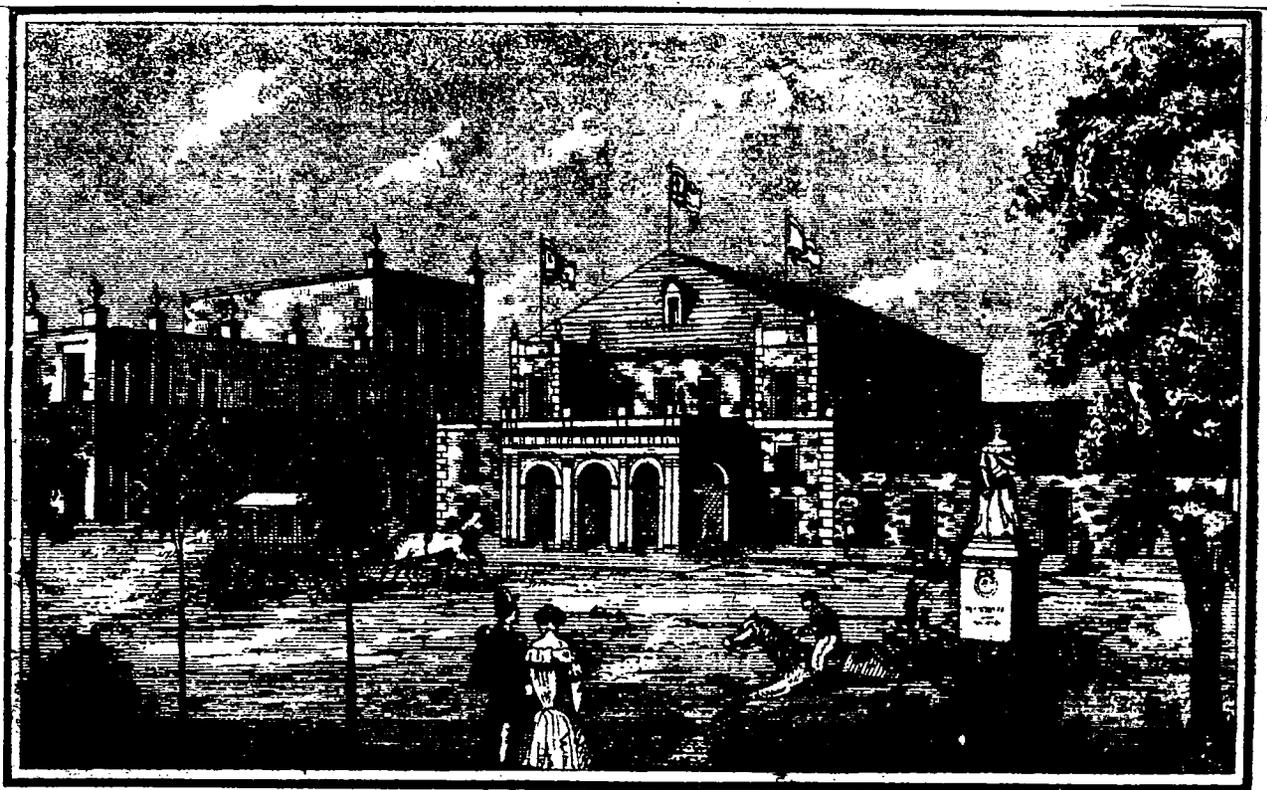


En este magnífico grabado, cuya antigüedad es anterior al año 1841, vemos el costado del Teatro de Tacón que da a la calle de San Rafael, destacándose en la esquina opuesta las dos casas de techos de tejas y de puntales diferentes, construidas posiblemente entre los años 1831 al 34, que fueron derribadas en el año 1841 para construir el edificio donde quedó establecido el «Café Escauriza». En primer término, se destaca la estatua de la Reina Isabel II, allí colocada el día 19 de noviembre de 1840.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



El Teatro de Tacón y el edificio que ocupaba el «Café Escanzura». En primer término, a la izquierda, la estatua de la Reina Isabel II. Es un grabado en acero poco conocido, que aparece publicado en el «Directorio de Artes, Comercio e Industrias de La Habana», impreso en el año 1869, en la litografía de T. Cuesta, que estaba situada en O'Reilly 113, y por la Librería de A. Graupera, establecida en aquellos días en Obispo número 113.

El grabado está inventado!



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA ACERA DEL LOUVRE X

Por Luis Bay Sevilla.

D.M. marzo 13/47

CONTINUANDO nuestra narración sobre «La Acera del Louvre», diremos que muy próximo a la calle de San Miguel, existían tres casas de dos plantas marcadas con los números 112, 114 y 116, ocupando la planta alta de una de ellas la familia de don Juan Toraya, y naciendo en ella en el año 1875, Luis, hermano de «Pepe» Toraya, que fué el arquitecto que reedificó el edificio del Hotel Inglaterra, construyéndole los portales, y situando su entrada principal por la calle del Prado, en el lugar donde se encuentra en la actualidad.

En aquellos lejanos días, las tres plantas de estas casas y las bajas de las marcadas con los 114 y 116, estaban ocupadas por familias, cuyos nombres, a excepción de la de los Toraya, no hemos podido conocer. La planta baja de la número 112, que era la del chafián, tenía una sola puerta frente a la calle del Prado y estaba ocupada por el almacén de azúcar de don Manuel de Udaeta. que en el año 1880 se encontraba allí todavía. Después estuvo en esta casa una Academia, dirigida por don Juan B. Valdés. Primitivamente estuvo allí la fábrica de billares de Nadal.

Es curiosa la transformación de que fueron objeto estas tres casas en pocos años, pues, poco antes del 1880, se estableció en el zaguán de la 114 una barbería de la que en el año 1887 era propietario don Dionisio Quintero. En 1880, la planta alta de la 112 la ocupaban una sociedad y una casa de huéspedes, instalándose en ella en 1885 el Hotel Americano. Entre los años 1886 al 88, se establecieron en estas casas el Café Hispano Americano y más tarde El Continental, en los bajos de la 116, instalándose en la planta alta de la misma y en la del número 114 el Hotel Telégrafo, situándose el restaurant de este nombre en la planta baja de esta última casa, que ocuparon después los Helados de París. Poco tiempo después, el Hotel Telégrafo amplió su negocio, ocupando además los altos de la 112, donde estaba establecido, el Hotel Americano.

En el año 1889, los Helados de París y el restaurant del Telégrafo eran de la propiedad de la razón social Fernández, González y Compañía, personas que aunque nacidas en Galicia, les llamaban los amigos los negritos. Estos tres socios fueron los propietarios del Hotel Telégrafo, que entonces lo tenían establecido en un edificio de la calle de Amistad frente al Campo de Marte, trasladándolo para esta casa de la calle del Prado en la fecha citada anteriormente.

Por los años 1889 al 90, en la planta baja de la casa marcada con el 112, donde existía la Academia de Juan B. Valdés, estuvo un café de la propiedad de don Eusebio Alvarez. El almacén de azúcar de Udaeta permaneció en la casa número 112 hasta el año 1880, sin que hayamos podido conocer quién o quiénes ocuparon esta casa hasta 1890, como ignoramos también por qué motivo desapare-

ció de allí el restaurant del Hotel Telégrafo, para dejar instalado en ese local, en el propio año 1890, los Helados de París.

El café que era de don Eusebio Alvarez se llamaba entonces Café Nadal, nombre que se le dió por haber ocupado la casa donde estuvo la fábrica de billares de Nadal. Este café fué el mismo que después perteneció a Mateo Alvarez y que era muy frecuentado por noctámbulos y gente del hampa en los finales del pasado siglo y primeros años del actual.

A este Mateo Alvarez lo popularizó chistosamente don Eugenio Santa Cruz, en una obrita teatral que escribiera especialmente para una fiesta de caridad celebrada en el Teatro de Tacón, en la noche del 5 de abril del año 1899 en favor del Hospital mambí establecido en la finca Ofelia, tomando parte en la representación el propio Eugenio Santa Cruz, Gonzalo de Cárdenas, Villita, Gustavo Robreño, Tito Ruenes y Alberto Guilló, todos «muchachos de la Acera del Louvre». Con ellos actuó aquella noche la que era ya aplaudida actriz del teatro cubano Blanquita Vázquez, que años después contrajo matrimonio con el también artista Raúl del Monte. Por su desinterés, cooperando gratuitamente al mejor éxito de esta función, los «muchachos de la Acera» le regalaron un magnífico cofre de plata que tenía grabada en su tapa la siguiente inscripción: «A Blanquita. Los muchachos de la Acera del Louvre. 5-4-99». Este cofre, años después, fué a parar a manos de mi querido amigo el señor Arturo Lavín, que lo conserva complacidamente, como un amable recuerdo de sus años juveniles, pues Arturo fué también uno de los que integraban el grupo exclusivo de la Acera del Louvre, que constituyó, a nuestro juicio, la segunda época de la Acera, que se inicia al terminar la Guerra de Independencia y termina cuando la política logró desfigurar el espíritu de camaradería que allí predominaba, iniciándose en este momento la tercera época, que es la actual.

En el año 1895 doña Pilar Somoano y su marido don Guillermo del Toro, compraron el Hotel Telégrafo, los Helados de París y el café El Continental, reconstruyendo y adaptando estos tres edificios para convertirlos en uno solo, adicionándole una planta más y construyéndole el portal cubierto que tiene el edificio por sus frentes de la calle del Prado y San Miguel, obras que se ejecutaron durante el período del doctor Juan Ramón O-Farrill, que sustituyó en la Alcaldía de La Habana al doctor Carlos de la Torre y Huerta, que había renunciado al cargo. Estas obras tuvieron un valor que excedió de la cantidad de cincuenta mil pesos. El inmueble era entonces de la propiedad del banquero Bances, y doña Pilar y su marido lograron de éste un contrato por diez años a cambio de las obras que iban a realizar.



Con la ejecución de estos trabajos, desaparecieron el café Nadal y el almacén de viveres La Vizcaina, que hacía muchos años se encontraban allí establecidos.

Dña Pilar y don Guillermo tuvieron una sola hija, nombrada Pilarina, que contrajo matrimonio con el actor cómico Antonio Piquer, que vino a Cuba en una compañía de zarzuela que actuó en el Teatro Albisu, situado en aquellos días en los bajos del Centro Asturiano, con frente a la calle de San Rafael, y que desapareció cuando un gran incendio redujo a cenizas el edificio social de los asturianos, al incendiarse una cinta cinematográfica de una película que estaban pasando por la pantalla en el citado teatro, desapareciendo la magnífica Biblioteca del Centro Asturiano, que era una de las mejores de asuntos cubanos que existían en la capital y que ha logrado rehacer nuevamente, convirtiéndola en una de las mejores de Cuba.

Doña Pilar, a quien hemos tenido el placer de saludar hace pocos días, cuenta en la actualidad 88 años de edad, y se encuentra en magnífico estado de salud, fuerte, saludable y feliz, viviendo rodeada de su hija, nietos y biznietos, confiada, y así también lo deseamos nosotros, en que pueda besar a los tataranietos. Sería preciso un libro para escribir la vida de esta esforzada mujer, que tan ligada estuvo y tanto estimaba a los «muchachos» de la Acera del Louvre de su época, a pesar de las diabluras que constantemente les hacían.

Por los años 1911 al 12, doña Pilar y don Guillermo vendieron su Hotel y Restaurant Telégrafo a un catalán cuyo nombre no recordamos en este momento. Y, poco tiempo después, éste traspasaba en negocio a «Juanón» López y Manuel Frutos, cocinero y encargado, respectivamente, que habían sido del restaurant «El Cosmopolita», quienes llevaron consigo a Fonseca, aquel magnífico dependiente que era una positiva institución de la Acera del Louvre. El gerente Frutos vendió su parte a un señor de apellido Vallina, persona que desconocía el negocio, quien estuvo allí hasta que su socio y él decidieron vender la casa a los dependientes del restaurant nombrados Castro, Carmona, Suárez, Máximo Baldomero y Riera, quienes en el primer año, administrando bien el negocio, ganaron más de cien mil pesos. Pero después, el negocio fué mal y al cabo tuvieron que cerrar la casa.

Durante la primera Guerra Mundial iniciada en el año 1914, cuando Cuba no se había adherido a la misma, la orquesta del Telégrafo acostumbrada a ejecutar con frecuencia los himnos de las naciones aliadas, himnos éstos que oían sin ponerse de pie varios alemanes muy conocidos en La Habana, por las relaciones que mantenían con la buena sociedad habanera, alegando ellos que su actitud estaba justificada puesto que los himnos eran de países que estaban en guerra con Alemania. Este estado de cosas causaba cierto malestar entre los pa-

rrroquianos, que eran en su mayoría simpatizadores de Francia y de Inglaterra, de tal modo, que una noche se originó allí fuerte protesta, iniciada por don Rafael Arozarena, que fué el contratista de las obras del actual Palacio Presidencial, obligando a los alemanes a no concurrir más al Hotel Telégrafo. Este suceso alejó de aquella casa a los asiduos concurrentes, obligando esta actitud a los propietarios del establecimiento, que fueron incluidos en la «lista negra», a vender la casa a los dependientes, según decimos anteriormente.

En el año 1890 el Salón Brunet o Café de Tacón, como indistintamente se le conocía, era de la propiedad de Miguel Brunet, heredero de don José Brunet, su fundador. Por esta época y en horas de la noche, se ofrecían allí magníficos conciertos por la orquesta del establecimiento, los que se veían muy concurridos.

En el año 1895 compró el Café Tacón don Felipe González, que había sido dueño del restaurant Los Dos Hermanos, situado en Sol y San Pedro, ocupando con sus hijos, todos muy jóvenes, los entresuelos del costado derecho del Teatro Tacón. En los del costado izquierdo estaban instalados unos billares de la propiedad de Felipe Torres. Al lado derecho del Teatro, recordamos por esta fecha (1895) estaba el almacén del café, destacándose en la fachada un gran anuncio del vino denominado «Ojo de Gallo». El primer salón cinematográfico que existió en La Habana tuvo el nombre de «Lumiere» y se instaló junto al teatro, al lado del edificio donde estuvo durante muchos años el cuartelillo de Bomberos del Comercio. En 1901 don Felipe, al comprar el Hotel Inglaterra, vendió este café. Y en 1913 el arquitecto José F. Toraya construyó en este terreno el Palacio del Centro Gallego con su Gran Teatro Nacional, que inauguró Enrique Caruso en el año 1915.





Interesante grupo fotográfico tomado en el año 1893 cuando se ejecutaban las obras para la construcción de los portales del Hotel Inglaterra. Aparecen en la foto, sentados, de izquierda a derecha: Miguel de Cárdenas, a quien los «Muchachos» decían «Comején»; Ramón La Villa, Pelayo Fabián, Miguel Torriente, Hernández Catá, Felipe Romero, Gabrielito de Cárdenas, Mario Mendive y Domingo del Monte. De pie: Pablo Mazorra, Manuel José Morán, Pedro Mazorra, Raúl Kay, Miguel de Cárdenas, Eugenio de Santa Cruz; Emilio Bolívar, Pepe Jerez, Nicolás del Pozo, «Paco» Silva; un alemán a quien decían «Ratica» y Carlitos Maciá. De este grupo, el único superviviente es Emilio Bolívar.



Curiosa fotografía del Teatro de Tacón tomada en el año 1878. Vemos a la izquierda el café «Los Voluntarios»; una tabaquería y la Escuela de Tiro al blanco que existía junto al Teatro. En primer término se destaca el Paseo del Prado, con los lagunatos que se formaban frente al Teatro a causa del abandono en que se tenían entonces las calles de La Habana.

LA ACERA DEL LOUVRE

Por Luis Bay Sevilla

D.M. marzo 20/947

DECIAMOS en nuestro último trabajo que en el año 1913 se construyó el Palacio del Centro Gallego, en el mismo solar que ocupara el Teatro de Tacón, inaugurándose el nuevo Teatro de este nombre, por una Compañía de Opera de la que era máxima estrella el famoso Tita Ruffo.

Don Joaquín Payret en el año 1863 compró el Café y salones de Escauriza, con sus baños y la dulcería, poniéndole al café el nombre de «El Louvre» y dejando el de Escauriza al salón de la planta alta. Más tarde, se dedicó a contratas de viveres para el Ejército y a negociar en cambios de monedas, logrando reunir un gran capital, decidiendo en el año 1875 liquidar todos sus negocios, vendiendo al efecto el café y comenzando la construcción del Teatro Payret, que pudo inaugurar en la noche del 23 de enero de 1877 con una Compañía de Opera que llevó a escena «La Favorita», del compositor Donizetti.

El café El Louvre tuvo después varios propietarios, ignorando nosotros quién o quiénes fueran, hasta el año 1886, en que tanto la casa que ocupaban, como las que les seguían, es decir, las de los hoteles Inglaterra y Americano (antes Legrand), se convirtieron en un solo edificio, tomando entonces el nombre de Hotel Inglaterra. En ese año compró este edificio el teniente coronel retirado del Ejército español don Juan de Villamil, arquitecto e ingeniero, a quien se debió la construcción del Gasómetro de La Habana. Estaba casado Villamil con una joven cubana de apellido Quiroga, naciendo en este hotel casi todos sus hijos, entre quienes figuraban don Amado Villamil, y una hija que casó con don Charles Beck.

En el año 1893, el propio Villamil reconstruyó y amplió aquel edificio, levantándole un piso más y construyéndole los portales. La puerta principal y la escalera que daba subida a los altos, la colocó en el costado contiguo al café El Cosmopolita. Todos los huecos de puertas de la fachada del restaurant eran medios puntos con vidrios mates, donde se veía grabado el nombre del Hotel Inglaterra, conservándose en la actualidad muchos

de ellos. Tenía en casi todos los huecos unas barandas, seguramente, para evitar la entrada de pordioseros o vendedores que molestaran a las personas que allí comían. Después estaba el café, que continuó llamándose El Louvre, y que tenía tres puertas grandes que daban a los portales de Prado y otras a San Rafael.

En tiempos de don Felipe González existía un pequeño saloncito entre la escalera de subida y el restaurant, que ocupó primero don Miguel de Cárdenas, que era corredor de Bolsa. Después estuvo allí la Joyería de Campignon, que se trasladó a otro local del mismo Hotel, al ser reedificado. Este inmueble era de la familia Terry.

o o o

La noche del 11 de diciembre de 1898, cuando las tropas españolas habían evacuado la ciudad hasta la acera norte de Prado, varios soldados, pertenecientes al Batallón de Colón, que estaban acampados en el Parque Central, tirotearon alevosamente a un grupo de personas que se encontraba en el café y en los portales del Hotel Inglaterra, hiriendo mortalmente en la esquina de San Rafael a Jesús Sotolongo y Lynch, muchacho de la Acera y oficial del Ejército Libertador cubano, e hiriendo a otras personas, entre quienes figuraron Arturo Touzet y un individuo de la raza negra a quien se vió con los intestinos fuera del vientre, porque fué acribillado a bayonetazos.

El general Julio Sanguily y «Pepe» Ebra, ambos también de la Acera y miembros del Ejército Libertador, escaparon milagrosamente con vida gracias a la serenidad y valentía del cónsul de Estados Unidos, Mr. Lee, que residía en el Hotel Inglaterra, y también al propio Villamil, propietario del establecimiento, que actuó con muy buen acierto. Este grave suceso lo originó el incidente surgido en el Café Tacón, entre un oficial del Ejército español y el joven Juan Manuel Pérez de Alderete, que era también de la Acera y miembro del Ejército Libertador.

o o o

En el año 1901 don Felipe González, que era ya viudo, vendió el Café Tacón, comprando a Villamil el Hotel Inglaterra e instalándose allí con sus hijos, que fueron los siguientes: Amparo, joven de



extraordinaria belleza, casada con su primo don Manuel López, propietario del restaurant Los Dos Hermanos, del Hotel Sevilla y del Café Miramar; Enriqueta, casada con el hacendado cubano de apellido Suárez, y María, casada con don Salustiano Fernández. En el año 1907, don Felipe reedificó el edificio, construyéndole, además, otra planta, cuyas obras hizo el arquitecto «Pepe» Toraya. Muerto D. Felipe, continuaron al frente del negocio sus tres hijos, Amancio, Alvaro y Raúl, que con sus hermanos Gonzalo y Felipe, fueron siempre excelentes amigos de los muchachos de la Acera. El 31 de marzo de 1931, se vieron éstos obligados a cerrar la casa, porque la cantidad de 4,500 pesos mensuales que pagaban como alquiler al marqués de Perinac, casado con una Terry, era muy crecida, dada la situación económica que prevalecía en el país.

Contigua al Hotel Inglaterra había una casa en la que hasta el año 1880 estuvo establecido el gran café «El Cosmopolita», del que era propietario don Luis Lay, continuando después en aquel lugar este mismo establecimiento, pero con el nombre de Cosmopolita, es decir, sin la n final que tenía primitivamente, cerrando sus puertas en el año 1943, siendo su propietario don Jesús Fernández, hoy dueño del restaurant El Patio-Cosmopolita.

En el año 1886 fué propietario del Cosmopolita don Joaquín Portas, quien estableció allí un restaurant, y al morir éste, quedó su viuda al frente del negocio, hasta el año 1913 que lo traspasó a los hermanos «Pancho» y Cristóbal Negra, quienes nombraron encargado a Manolo Frutos. Después «Pancho» Negra, asociado a «Pepón» Alvarez, decoró lujosamente el edificio, quedando más tarde «Pepón» como único dueño, quien lo vendió a la sociedad García, Cuesta y Compañía. Poco tiempo después cerró esta casa, permaneciendo así más de cuatro años, hasta el 1932 que lo abrió nuevamente Diotino López, que había sido dueño de la vidriera del Hotel Inglaterra. Este, en 1933, lo vendió a Jesús Fernández, que diez años después la cerró definitivamente.

o o o

Poco antes del año 1895, se estableció en el Café Cosmopolita el «Refrigerador de Berenguer», colocando como anuncio

frente al edificio un farol de vidrio muy original, que tenía la forma de un barrilito de láguer. En el año 1900 «Pancho» Negra reedificó la casa, adicionándole otro piso y fabricándole también portales. Entonces ocupó el primer piso don Joaquín Portas en compañía de su familia. En el segundo piso vivieron los hermanos «Pancho» y Cristóbal Negra y un hermano de ambos, que era doctor en Medicina y oficial del Ejército Libertador. Estos Negra tenían una hermana nombrada Camila, casada con don Leonardo Chia, hombre muy rico que fué presidente de la Comisión de Festejos de La Habana en una temporada de Carnaval durante el Gobierno del presidente general José Miguel Gómez, ideando Chia la colocación de un gigantesco muñeco simulando al «Rey del Carnaval», en el Parque Central, frente a la calle de San Rafael. Este muñeco, que por sus colosales dimensiones, despertó gran curiosidad, se lo llevó una noche un grupo de «muchachos» de la Acera, apareciendo al día siguiente, decapitado y sin la ropa que lo cubría, en la puerta del Necrocomio, situado entonces en Zulueta y Refugio. La cabeza del muñeco estuvo algún tiempo guardada en la nevera del Café América, situado en la Plaza del Polvorín, hasta una noche que se celebraba un baile carnaval en el Teatro Tacón, que fué lanzada a la platea, desde la tertulia del teatro.

o o o

Fonseca, cantinero que fué del Cosmopolita, era un hombre muy querido de todos los «muchachos de la Acera». La noche en que se batieron a tiros frente al Cosmopolita el comandante Armando André, entonces director del diario «El Día», y el doctor Miguel Mariano Gómez, hijo del general Gómez, que era presidente de la República, y quienes se encontraban enemistados por una fuerte campaña que mantenía el periódico «El Día» contra el Gral. Gómez. Fonseca salvó la vida milagrosamente, pues en aquel momento estaba sentado en el escritorio del establecimiento, situado frente a la puerta de entrada. De este grave incidente fui testigo presencial y recuerdo que se desarrolló del modo siguiente:

Aquella noche Miguel Mariano y yo habíamos estado en un palco del teatro Pay-



ret y antes de terminar la función nos marchamos para ir al Teatro Tacón, de donde salimos en seguida, porque el espectáculo no nos interesó, decidiendo dirigirnos al Hotel Telégrafo para esperar allí la salida de los teatros. Y cuando tranquilos y despreocupados caminábamos por los portales de la Acera del Louvre, acertó a salir en aquel momento del café El Cosmopolita el comandante André, quien al ver a Miguel Mariano, instintivamente, se llevó la mano al cinto, lo que rápidamente realizó también Miguel. Entonces sonó un tiro y sonaron varios más, viendo yo cómo Miguel se parapetaba detrás de una de las columnas exteriores del edificio, donde disparaba a intervalos su revólver sobre la puerta del restaurant, desde donde, también parapetado, disparaba su revólver sobre Miguel Mariano el propio comandante André. Aquella escena, que fué rapidísima, sólo me permitió arrimarse a una de las paredes del Hotel Inglaterra, presenciando ansiosamente el duelo, hasta que los contendientes descargaron sus armas e intervinó la policía.

o o o

El gran café Washington, del que era propietario don José Rabell, estaba instalado en los días de la guerra de los Diez Años, en la casa contigua a la del Cosmopolita. Allí mismo, en el año 1887, se estableció la «Barbería de Inglaterra», de la que era propietario el propio Villamil, que puso al frente de la misma a Donato Soto, permaneciendo allí hasta poco antes de 1896 que fué cerrada, pasando Soto a prestar sus servicios a la que había establecido Villamil en el mismo edificio, por la calle de San Rafael. La mayor y mejor clientela de esta barbería, a más de los huéspedes del Hotel, fueron los muchachos de la Acera. Allí trabajaron como operarios, durante muchos años, excelentes barberos, entre quienes recordamos a Tomás, Patrocinio, Chicho y Pancho, todos fallecidos. Esta barbería desapareció en el año 1930.

Allá por el año 1896, residieron en la planta alta del edificio del Cosmopolita, que pertenecía entonces a doña Antonia María Coppinger y Marquetti, los esposos doña Angela Escobar y don Ernesto López, en compañía de sus hijos Mario, Ernesto, Julio, Ricardo, Antonio y Matilde. Doña Angela en aquellos días no era ya la propietaria del ingenio «Marquetti» y «Santísima Trinidad», también conocido por «Torrontegui», ubicado en el pueblo de Alquízar, que había heredado de su señora madre, y ésta de su tío don Joaquín Marquetti, muerto en estado de soltería. Este ingenio fué el primero en Cuba que instaló una planta propia para alumbrado de sus dependencias y bateyes.

En el año 1896, cuando este matrimonio no residía allí, producía esta casa una onza de oro diaria como renta. Entonces su planta se comunicaba con la del Cosmopolita, y ambas casas con el Hotel Inglaterra, que las arrendaba en las temporadas de invierno.

En los años 1895 al 96, Ernesto López, «Tito» Ruenes y Ballester, como empresarios, establecieron en los bajos de esta casa un museo de fieras y de fenómenos. Exhibieron allí también, por primera vez en Cuba, el «Vitascopio Edison», presentando el magnífico espectáculo de la «Ninfa Aérea» y ofreciendo además funciones de títeres.

Después estuvo allí instalada la imprenta del diario «La Discusión», cuyo primer número salió el 1 de enero de 1898, siendo atacada la redacción el día 12 del propio mes por las turbas españolas, que

destrozaron máquinas y muebles, suspendiéndose, por ese motivo, la publicación del mismo.

En los días del bloqueo de La Habana por la escuadra norteamericana, compró la casa don Perfecto F. López, estableciendo en ella su fábrica de tabacos. Este industrial restauró el edificio en el año 1900, construyéndole los portales y una planta más. Aún se ven en los magníficos balcones de esta casa las iniciales P. F. L. del propietario. Terminada la obra, ocupó don Perfecto el tercer piso con su familia. Uno de sus hijos, nombrado René, fué un inspirado poeta, muerto en plena juventud. A poco de terminarse esta reedificación, se estableció en la planta baja un «Coin francés», jugando sólo señoritas, y haciéndose apuestas durante el juego.

En el año 1901 ya existía allí el café «Delmónico», del que eran propietarios los señores Aufrán y Figueras. No recordamos cuándo cerró sus puertas. Más adelante, estableció allí el industrial señor Fonseca un expendio y depósito de tabacos. Recordamos que cada tabaco tenía un anillo con el retrato de Fonseca, estando envuelto en un papel de china blanco, cosa que realizó esta casa por primera vez en nuestro país. Después existió allí, en 1912, una barra de un norteamericano cuyo nombre no recuerdo. Más tarde, se alojaron en esta casa las oficinas de la Ward Line, a cuyo frente estaba don Charles Echevarría, cuñado del doctor Benigno Souza. Allí estuvo después el «Expreso Pan Americano», a cargo de Ricardo Linares. Actualmente existen las oficinas del «Expreso Wells Fargo».

Recordamos que en el primer piso de este inmueble estuvo instalado un Club Americano, y años después otro Club, integrado por los muchachos de la Acera que simpatizaban con el general Menocal, siendo presidente don Miguel de Cárdenas, y sustituyéndole, si no estamos equivocados, el coronel Gabrielito de Cárdenas. Su último presidente fué «Pepe» D-Strampes.

o o o

Dijimos la semana anterior que, a nuestro juicio, la Acera del Louvre ha tenido tres periodos. El primero, después de terminada la guerra de los Diez Años, del 1876 hasta 1895 que se inicia nuestra Guerra de Independencia; el segundo comienza después de terminada esta Guerra, hasta que la política entró en la Acera del Louvre; y el tercero, que es el actual, a partir de este último momento.

Los muchachos que en el primer periodo frecuentaban la Acera eran, entre otros más, el general Julio Sanguily, Perico Armenteros, general José María Aguirre, Miguel Andux, Rafael Montalvo, Filiberto Fonst, Agustín de la Guardia, Cristóbal de la Guardia, Alberto Jorin, Pepe de la Torriente, Joaquín Lancis, el gordo Granados, Luis Venancio Murias, Jorge Serpa, «Yoyo» Heredia, Arturo Touzet, Angel Soler, Carlos Ayala, Piedrahíta, Vicente García, Cecil Goudie, «Tano» Carrillo, Pancho Arango, Joaquín Cabaleiro, Miguel Angel Cruz, Pepe Ugarte, Wifredo Goicurúa, Arturo Soler, Pedrito Mazorra, Héctor de Saavedra, Chichi Herrera, Aquiles Martínez, Pepe Jerez, Manolo Secades, Pancho Tabernilla, Jesús Sotolongo, Rogelio L. de Mora, Néstor Aranguren, Augusto, Ernesto y Joaquinito Ariza, Pepe Marqués, Joaquín Prieto, Leopoldo Supervielle, Gabriel Vandama, «Panchito» Clau-só, Juan Manuel Martí, César Aenlle, «Colín» de Cárdenas y Benítez, «Pepe» de Cárdenas, Pedro Manuel Machado, Ricar-



do Ponce, Gonzalo de Cárdenas, Murito, Guerrita, Feliciano Herrera, Ramón Hernández, Andrés Hernández, Alfredo Arango, Eugenio de Santa Cruz, Carlos Mendieta, Miguel Torrienté, Paco y Felipe Romero, Bernardo Soto Estorino, Pepe Ebra, Gabrielito de Cárdenas, Pablo y Pedro Mazorra, Enrique Hernández Miyares, «Chicho» Marty y su hermano, Carlitos Maciá, Pedro Pablo y Alberto Guilló, Pancho Varona Murias, Miguel de Cárdenas, Agustín Cervantes, «Tito» Ruenes, Ramón, Panchito Huelga, Gabriel Forcade, Ricardo Ferrán, Pedro Sollozo, Ramón Sotolongo y José Manuel Rodríguez Alegre, que era bombero del Comercio y murió en el trágico incendio de la Ferretería de Isasi, el 17 de mayo de 1890.

El general español don José Lachambre solía frecuentar la Acera, concurriendo a algunas fiestas con los que eran sus amigos; la mayoría de los cuales fueron para la manigua a luchar por Cuba al estallar en el 1895 la Guerra de Independencia.

Al terminar esta contienda, volvieron a la Acera muchos de los «viejos», surgiendo otros que fueron, entre varios más, Julio Sanguily Jr., Pepe D-Strampes, Arturo Lavín, Miguel Mariano Gómez, Joaquín Laverías, «Paco» y Pepe Alba, «Eddy» Machado, Manolo Fernández Renté, Pelayo y Fabila Fabián, Genarito de la Vega, Ignacio Weber, Pío Gaunaurd, Eduardo Borrell, Charles Aguirre, Tallo Gassó, Faustino y Ramón la Villa, Eduardo Soto, Raúl Cay, Silvio de Cárdenas, Cristóbal Saavedra, Juan Manuel Pérez de Alderete, Colín de Cárdenas y O-Farrill, Ramoncito O-Farrill, Gustavo Robreño, Paquito Guzmán, Ramón Díaz, Alberto de Córdova, Lalo y Peteto de la Portilla, Arturo López, Gustavo Menocal, Arturo Goudie, Ricardo Zayas, Mario López, «Bennie» Trujillo, Panchito González Iglesias, Calixto Martínez, José Luis Presas, Pichón Herrera, Rodolfo Álvarez.

Manolo Presas, Juan Galán, Susini de Armas, Carlos Martínez, «Mon» Novela, Antonio y José Montoto, Fernandito Scull, Pablo Menocal, Miguel Cutillas, «Matico», Arturo Maciá, Felipe González Sarrainz, Pepe Acosta, Enrique Muniozguren, Alberto de Cárdenas, «Francois» Roca, Luis Almagro, Antofílico Ruiz, «Cucurrito» Farrés, Néstor Mendoza, Rodolfo Álvarez, Ramoncito de Castro, Emilio Boves, Arturo Altuzarra, Chicho Corujedo, Manolo Bhe-tarthe, Cecilio Acosta, Pepito Delgado, Manolo Cuevas, «Pi» Novela, Leopoldo Gabancho, Ramiro Ramírez Tamayo, Enrique Díaz Echarte, Luis Echeverría, Julio Martínez Zaldo, Paquito Pérez Briñas, José Estrada Palma, Oscar Hernández, Armando Ebra, José Emilio Obregón, Pablito Villegas, Federico Morales, Pedro P. Echarte, Alfredo Fernández, «Pancho» Robreño, «Joselin» Pelayo, Aurelio de Armas, Rafael Gaspar Montoro, Ramón Alberiche, Guillermo Du-Bouchet, Emilio Freyre, Ramón Larrea, Generoso Canal, César Corujedo, Manuel Domínguez, Jacinto Pedroso, Ramiro Pedroso, Conde de Duany, Pablito Moliner, Oscar Mestre, René Vidal, Oscar Díaz Albertini, Miguel Morera, Rodolfo y «Tan» Mallen y «Cheché» López.

Y ya que mencionamos a los muchachos, justo es hacer referencia también de los cocheros, que servían a estos jóvenes con sus magníficos coches y excelentes caballos. Eran, entre otros, Camagüey, Guanajay, Domingón, Pancho «pe-lao», Faba Fermín, Aguacate, Matanzas, Perico Lila, Chicho el Chino, Joseito, Caballito, Jufía, Bistequito y Cachimba.

Y también los limpiabotas de la Acera, que eran Paulino, Conguá, Julio, Eligio, Cervantes, Negro viejo, Rufino y el Manquito.

o o o

De poco espacio más puedo disponer, para referir algunas de las tantas anécdotas relacionadas con la Acera del Louvre.

Una de ellas, se refiere a la diablura que realizó un grupo de «muchachos», al ocurrírseles tomar parte en el paseo de carnaval del año 1915, formando una comparsa que simulaba a «Napoleón con su Estado Mayor». Arreglándoselas como pudieron, lograron que les facilitaran unos cuantos mulos del transporte a lomo del Ejército, con su guía, que era una mulita tuerta del ojo izquierdo, consiguiendo también que Esperanza Iris le prestara los trajes de las operetas «El soldado de chocolate» y «El conde de Luxemburgo». Formada la comparsa, Rodolfo Álvarez, con el traje de Napoleón, montó la mulita tuerta, poniéndose al frente de la fuerza y siguiéndole, montando los mulos, Silvio de Cárdenas, que era el jefe de Estado Mayor, «Pichón» Herrera su ayudante, Andrés Hernández, Manolo Cuevas Zequeira, Paquito Pérez, Pepito Alba, Pedro Pablo Echarte, Miguel Kohly, sargento y corneta de órdenes, Francois Roca, Paquito Guzmán, «Polito» Gabancho, Gerado Vega y Pablito Villegas, que demostró ser buen jinete, pues la mula se le cayó en la calle de Animas y logró levantarla sin desmontarse. Emilio Boves iba en el grupo vestido de uniforme, descalzo, con botas y espuelas, llevando la cara pintada de negro y muchas medallas de lata colgadas al pecho.

Hicieron en aquella ocasión cuanto se les ocurrió, metiéndose montados en las mulas dentro del Parque Central y haciendo abandonar el lugar a la Banda Municipal; atravesaron los portales del Hotel Inglaterra y Telégrafo, entraron en el Hotel Miramar por la parte de San Lázaro y salieron por la de Malecón; se metieron en Vista Alegre y se empeñaron finalmente en subir la escalinata del teatro Payret, logrando sólo realizarlo Pablito Villegas, Silvio de Cárdenas, «Pichón» Herrera y Miguel Kohly, hasta que la policía los detuvo.

A la mañana siguiente, todos fueron al Juzgado Correccional del licenciado Antonio García Sola, celebrándose el juicio, que fué muy jocoso, pues mientras los «muchachos» alegaban que no pudieron dominar las bestias, la policía los acusaba de escándalo. El juez dictó al cabo sentencia absolutoria, y todos salieron contentos, incluso los mismos policías, de quienes eran amigos.

o o o

Otra de las diabluras de estos muchachos, fué la comparsa que formaron cuando el alcalde Freyre permitió tirar harina en el Paseo de Carnaval. Vestidos de blanco, con una banda roja al pecho y sombrero de yarey, ocuparon un automóvil descubierto y fué tanta la harina que tiraron aquella tarde, que los automóviles patinaban en el Paseo, pues un aguacero que cayó formó una miga muy gelatinosa. Al final del paseo, entraron en Vista Alegre en momentos en que comía la dependencia en una larga mesa, lanzando sobre ellos tal cantidad de cartuchos de harina que la comida se echó a perder y todos tuvieron que abandonar la mesa.

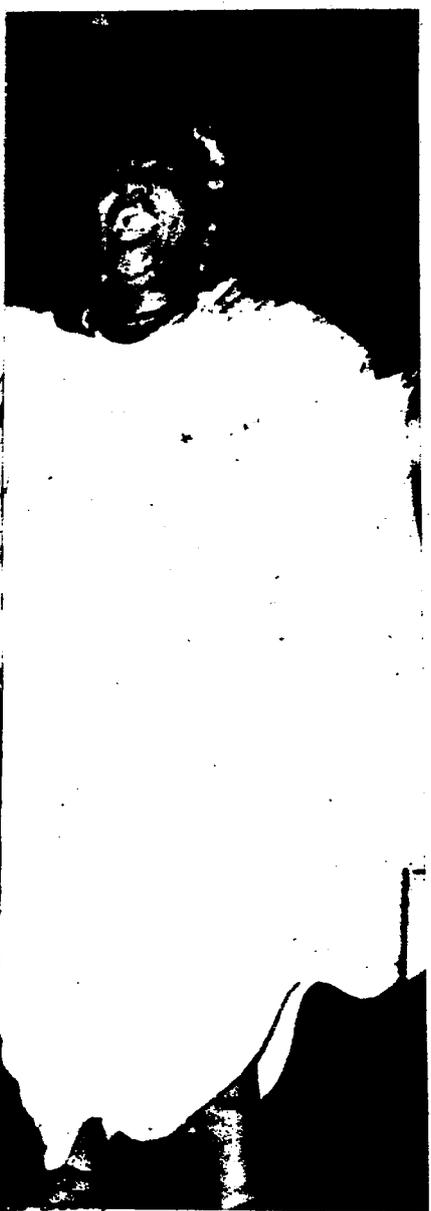
En la próxima semana terminaremos los trabajos sobre la Acera del Louvre, con algunas anécdotas más.



En esta curiosa fotografía aparece el grupo de «muchachos» que concurrió a uno de los paseos de carnaval, conmemorando a Napoleón Bonaparte y su Estado Mayor de mariscales y generales. En primer término aparece Rodolfo Álvarez, de Napoleón, rodeado de su Estado Mayor formado por los «generales» Silvio de Cárdenas, Andrés Hernández, Manolo Cuevas Zequeira, Pedro Pablo Echarte, Pichón Herrera, Francisco Roca, Polito Gabancho, Miguel Kohly, sargento y corneta de órdenes, Emilio Bobes, Pablito Villegas y algunos más. Aparecen agrupados frente al que fuera el viejo edificio de la Cárcel de La Habana.



En esta curiosa fotografía aparece el grupo de «muchachos» y su Estado Mayor de mariscales y generales. En primer plano por los «generales» Silvio de Cárdenas, Andrés Hernández, Juancho, Miguel Kohly, sargento y corneta de órdenes, Emilio y el edificio de la Cárcel de La Habana.





Grupo de «muchachos» de las dos etapas de la Acera, reunidos en el Hotel Telégrafo, en animado almuerzo para festejar el onomástico de Carlitos Maciá. Aparecen en la foto, de izquierda a derecha: Ramiro Mazorra, Paquito Guzmán, Rodolfo Alvarez, con su monedero, Pablo Mazorra, medio oculto en la foto, Pichón Herrera, Eugenio Santa Cruz, Arturo Lavín, Ramón Díaz, Pi Novela, Ramón Hernández, J. Lobato, Ramoncito de Castro, Emilio Bobes, Alberto Guilló, Carlos Maciá, Solano Ramos, Alfredo Fernández, Paquito Alba y el arquitecto norteamericano que construyó la pequeña casa-quinta de Infanta y Carlos III, cuyo nombre no hemos podido recordar.



En este grupo, tomado en los portales del palacete del ingeniero Dionisio Velasco, aparece la comparsa formada por los «muchachos» de la Acera, el domingo de carnaval que el alcalde de La Habana general Freyre de Andrade permitió tirar harina de trigo en el paseo. Aparecen, de izquierda a derecha: José Pelayo, Nick Adams, Pichón Herrera, Andrés Hernández, Pepe D-Strampes, Pedro Pablo Echarte, Ramiro Ramírez Tamayo, Fernandito Scull, Luis Almagro, Pepito Recio, Pepe Alba, Angello García y Silvio de Cárdenas. Sentados: Paquito Pérez, Polito Gabancho, Luis Soria, Emilio Bobes, Francois Roca y Arturo Lavín. No hemos podido reconocer al joven corneta vestido de oscuro, que aparece en la foto.

LA ACERA DEL LOUVRE X

Por Don Gual

Inf. abril 4/1947.

JAMAS soñó don Joaquín Payret, que cuando comprara el viejo Café Escauriza en 1868 (Año de Yara), rebautizándolo con el muy galo apelativo de "Le Louvre", fundaba una institución, "La Acera del Louvre", que pasaría a la historia, por sus galanterías y sus bromas. En esa esquina de Prado y San Rafael surgió el Louvre, después de que don Juan Escauriza y Lastra, hiciera histórico su cafetín con la Batalla de Ponche de Leche que todos los habaneros conocen.

Ya la Acera, que comenzaba en San Rafael se extendía hasta otro santo: San Miguel, incluyendo el Louvre, los hoteles Estados Unidos, Inglaterra y el Telégrafo, Los Helados de París, y todo lo que vino después como "La Vizcaina", "El Delmónico" y el "Cosmopolita" (hoy trasladado a Prado y Genios y medio bautizado El Patio) y otros establecimientos que mencionaré luego. De la ancha acera que se enfrentaba con la ya desaparecida Plaza de Isabel II, quedan los amplios soportales donde todavía se reúnen en el pórtal (zaguán) del viejo Inglaterra algunos "muchachos" como Arturo Lavín, Susini de Armas, los Villaverde y muy pocos más. Supervivientes como Tito Ruenes, Eddy Machado, Emilio Bolívar, Paquito Pérez, Silvio de Cárdenas y Cecilio Acosta, ya no aparecen por allí. Unos por su delicado estado de salud y otros porque se han vuelto "pantuflares"...

Yo no soy tan viejo para decir que conocí todo lo que hubo en esa vecindad, antes de mi "entrada" en la Acera, allá por el 1908, el año de la "Nautilus". Conservo entre mis papeles, grabados antiguos de la famosa esquina, todos con el flamante Teatro Tacón (que nunca fué bello en su exterior), pero con variaciones notables en cuanto a la otra esquina, cuna de El Louvre. Tengo estampas con un solar yermo, luego con una miserable casita sin áticos, más tarde el edificio de dos pisos, con y sin cuartos de azotea con el letrero del primitivo Louvre, la estructura de tres pisos del entonces nuevo hotel Inglaterra de Villamil y los cuatro pisos del actual hospedaje, que nos legó don Felipe González, dueño del negocio, ya que la finca era y es de los Marquesses de Perinat, familia hispanocubana, que reside en la ex metrópoli.

Como bien dice Luis Bay, en sus interesantísimas crónicas sobre la "Acera", ésta tuvo dos periodos. La del 1868 al 1895, y luego la de 1895 al 1915, fecha en que por justificadas razones,

impuesta por la evolución de la ciudad dejó de ser el "rendez-vous" de la alegre juventud de nuestros padres y abuelos.

Don Pancho Marty, al fabricar su gran coliseo (entonces cuarto en categoría en el mundo) le dió a esa humilde esquina de extramuros el prestigio que gozó por tantos años. En el lugar en que hoy se levanta el palacio de los gallegos se hallaba el "Correccional de Esclavos" que sugiere algo tétrico. El 15 de abril de 1838, pudo el bisabuelo de los Baguer (Miguelito y Francois, periodistas queridos de hoy) inaugurar con gran pompa su teatro, que bautizó con el nombre de Tacón por el capitán general que cesaba precisamente ese día. La obra de inauguración fué una comedia en cinco actos titulada "Don Juan de Austria" y la función principió a las siete y media de la tarde o de la noche (según la luz).

Los soportales del feo teatro, formaron parte del Café Brunet, en los bajos, de lo que se consagró como Acera del Louvre. En ese café se reunían varios inolvidables amigos como Alfonso Martínez Fabián, los Cadaval, Guillermo Guim y Gustavo Robreño, cuando yo regresé a La Habana, después de muchos años de ausencia.

En el resto de la cuadra entre San Rafael y San José (y ¡vaya con los santos!), don Pancho fabricó varias casas, que luego ocuparon los Bomberos del Comercio, el Café de los Voluntarios, y en 1908 yo visité una agencia de publicaciones y una de Real Estate, las dos de norteamericanos.

Es interesante anotar que cuando Escauriza abrió su renombrado café ya se pagó ese local a 25 pesos la vara cuadrada. Y en esa esquina se "celebró" la famosa "Batalla de Ponche de Leche", provocada por la juventud que concurre a los bailes del Rey Momo que se celebraban allí y en el Gimnasio y Sala de Armas de Domingo del Monte en Consulado y Virtudes.

El 20 de febrero de 1844 (Domingo de Carnaval) fué la fecha. Por un Bando del Capitán General había que desalojar esos lugares a las 11 p. m., para no perjudicar los bailes del influente don Pancho en su teatro. Y ¡allí fué Troya! La "muchachada" que estaba en el Escauriza se rebeló, obligando a las autoridades a "dejar la cosa para otro día". Pero al enterarse el aprovechado Capitán General, don Leopoldo O'Donnell de la insurrección de los "criollos" se apareció el martes siguiente, en persona, y acabó con



2.

la "rebellón" y arrestó a cinco jóvenes, pero se llevó un baño de ponche caliente, sobre sus múltiples condecoraciones que no eran inferiores ni en número ni en colorido a las que hoy ostenta nuestro mayor general Genovevo Pérez Cámara, M.M., M.N., etcétera, etcétera.

INCIDENTES

Tres de los cinco acusados (Consuegra, Charrum y Torres) fueron reclusos en el Castillo del Príncipe y deportados a la Madre Patria (entonces la gran madrastra) en la hedionda fragata Carmen. Otros establecimientos que existían en la Acera antes de la era de los soportales eran además de la Casa de Tscauriza, el Hotel Legrand, el de Bernardo Douce, el almacén de Echeverría, y la carpintería de Narciso Pochos. Allí estuvieron también los Billares de Nadal, la chocolatería "La Bayamesa" y en frente la bodega de Alonso, sobre la calle de Neptuno.

Se dice que el primer incidente político fué el ocasionado por la rechifla que unos catalanes mal aconsejados, dedicaron a unos artistas cubanos que tomaban parte, entre ellos Adela Robreño, en una función a beneficio de los familiares del malogrado doctor Ramón Zambrana. Parece que los catalanes estaban resentidos por la "pateadura" que días antes habían dado a un paisano llamado José Boy, que de "allá voy", trató de cantar un Hernani con la misma suerte que Ganna Walska, algunos años desués en Fedora, en el mismo teatro. Fueron acusados, por los catalanistas, como "locos del Louvre" mi amigo Miguel Andux y otros muchachos como los Montalvo (Juan y Luis), Angel Girado, Manolo Suárez y Nicolás Sarachaga.

Años después empezaron a cubrirse las anchas aceras por los soportales, terminándose éstos en época del General José Miguel Gómez, cuando Doña Pilar Somohano, del Toro, esa gran mujer que todos los "supervivientes" ven con afecto y agradecimiento, amplió su hotel, hasta la misma esquina de San Miguel.

Yo no tuve el privilegio que tuvieron mis compañeros mayorcitos de edad, que alcanzaron aquella Acera del Louvre, de los duelos de Varona Murias, los desafíos de Carlos Mendieta, y las visitas frecuentes del egregio mulato, el Lugarteniente Antonio Maceo. La Acera que empezamos a frecuentar en 1908 era ya una acera más

apacible. Habían desaparecido los motivos de conspiración contra España y los duelos se habían reducido a su mínima expresión. Yo, mayorcito de veinte con el pretexto de lustrarme los zapatos, iba a prima noche con un grupo de veteranos que me decían cosas maravillosas de la gran epopeya. Entre ellos recuerdo a Pepe Estrampes, Armando André, Alfredo Arango, Eddy Machado, Ramiro Mazorra, Ramón Hernández, Gustavo y Pablo Menocal (a este último le decían el Bizco de los Escolapios, famoso por sus travesuras en el colegio de Guanabacoa), Pompeyo Viada, Gabrielito y Alberto de Cárdenas, Armando Riva, Pablo Villegas, José Antonio Lasa, Colás de Cárdenas, Mario García Vélez, Pepe de Cárdenas, Rafael Peña, Mendizábal, los hermanos Lores, Carlito Maciá, Carlos Martín Poey, Miguel Varona, Emilio Bacardí II, los Mendieta, Enrique Recio, Calixto Enamorado, y otros a quienes envidiaba desde el fondo de mi corazón mambí.

Trataré de recordar nombres de los que conocí y mucho traté en la Acera desde 1908 a 1915. No puedo olvidar a aquel simpático Pepe Ebra con sus corbaticas de lazo de blanco piqué, a Tony Bollag con su solapa florida y sus pulquérrimos "spots", a Pablo Mazorra con sus simpáticos cuentos de Mari Castaña, a Ramiro Mazorra, que ya cantaba "bajito": a Pepe Estrampes, que seguía chapurreando el español, al atildado Don Miguel Andux, con sus ojos "claros serenos"; al coronel Viada, con su barbilla cervantesca; a Don Eduardo de Cárdenas (quien con Don Pedro Huici y Don Leonardo Chia hacían la tertulia en el Parque frente a la marquesita del Inglaterra).

No olvido las negras barbas de Juan Cros, las negras gafas del caballeroso Capitán la Regueira, los cuentos asturianos de Eugenio Santacruz, las salidas de Martínez Fabián, que siempre terminaba sus cuentos diciendo: —;El delirio, chico!; William Merry, tan mesurado y británico; el doctor Cirilo Clarim; Ramón Pío Ajuria (entonces jugador de polo con Currito Farrés y los Franca); las andaluzadas madrileñas de Pelayo Argiuelles, la bomhona del cardenense Agustincito Mederos; las locuras de Paquito Guzmán; los chismecitos del bizco Guilló, el gordinflón simpático del magis-



("Mucho Bernny Latour); Eddie Abreu, que se ha dejado últimamente el bigote para lucir más bonito; Peter Morales, el Capitán del Cunagua y hoy Marqués de la Real Proclamación; el Capitán Demi Castillo Pokorny, un cubano de West Point; el pobre Solanito Ramos, muerto en plena juventud...

Y para cerrar dedicaré unas líneas a Ricardo Lancis II; a Lorenzito Betancourt; a Juanillo Ariosa, (este último el autor del famoso helado conocido por Juanillete e hijo del Juez Ariosa); Antonio Montoto; Oscar Mestre; Pepe Vila; Gerardo y Matías Andreu y otros ya idos para siempre.

De mi barbería, la del antiguo Inglaterra, guardo imborrables recuerdos. Del dueño, Donato Cubas, de mi figaro Guillermo Marrique (El Criollo) y de su ad-late-re Valentín, con quien todavía me topo en la calle. De los clientes de Donato, recuerdo mucho al General Méndez Capote, quien se afeitaba o pelaba, comiendo "mani" de un cartuchito que siempre llevaba en el bolsillo. En aquellos días, primeros años de la República, había mucha gente conocida de la Acera en el ejército, la marina y la policía. Yo recuerdo a los generales Pablo Mendieta, Caballero (este murió hace días), los brigadieres "Manengue" Guerrero (hoy viviendo en Nueva York), Francisco de Paula Valiente, los coroneles Martí y Consuegra, el Comandante Carlitos Maciá, lo más popular de los soportales loubreños, y otros oficiales como Eduardo Lores, Julio Morales Broderman, Gaspar Betancourt, Pepe Coto Leiseca, Amiel, los Algarra (Mariano, ya muerto, e Ignacio, hoy Cónsul en los Estados Uni-

dos), Pepe de Cárdenas (retirado en su Santiago); Jacinto Llaca, Osvaldo Miranda, Angelito Castro, Octavio Cruz, Justo Campiña, ya fallecidos los tres; Salvat, Pepito Izquierdo, Julio Marcos, González del Real, Fernández Quevedo, Juan Dieppa, Federico Morales, Julio de Cárdenas, Manolo Espinosa, Armenteros, Rafael Alfonso Morales (hoy Cónsul de Costa Rica en Matanzas), Pancho Calzadilla; Bustamante (viepo y bravo marino); Torroella Plazaola (marino y caricaturista); Gabrielito Cárdenas, Gustavo Rodríguez, Ramón Fonst, Periquito García Vegas, el célebre Capitán Arias, Manuel de la Maza Arredondo, Quico Varona y del Castillo, Ramón O'Farrill, Virgilio Villalta, Ramoncito Beltrán, Antonio Estévez, Panchito Tabernilla, Mario DucassiW Diderico Peterson, Wifredo Díaz (muerto trágicamente en Songo, cuando la revolución de febrero de 1917); Aurelio Díaz, Pío Alonso, José A. Bernal, José María Lezama, Luis Loret de Mola, Sardiñas, Jorge Vila, Enrique Quiñoles, Pablito Moliner, Pancho Chomat, Fernando Company, José R. Campiña, René rieto, Aniceto Sosa, Rosendo Collazo, Eduardo Puyol, Miguel de Varona, los Rodríguez Siegler, Enrique Machado, Américo Miranda, Martínez de la Peña, Domingo del Monte II, Martell (teniente de la Policía Nacional, que pereció en un naufragio); y terminaré recordando la apuesta figura del Coronel Médico Don José Perecha, que seguramente leerá estas páginas de hoy.

En mi próxima crónica daré otros datos sobre ese rincón habanero que tanto queremos los que gozamos de sus establecimientos, peñas e inolvidables concurrentes.



Por Don Gual

EL ANDARIN Carvajal, cerrando y abriendo portezuelas de autos, bajo la marquesina del "Inglaterra", con sus medallas y su gorra seudoyetista es el último "abencerraje" de la Acera. El gran atleta cubano, parece aquel veterano de Auterlitz que enseñaba la tumba del Petit Caporal, a los visitantes. Yo ví al Emperador en Wagram, en Solferino, en Waterloo, en la vuelta de Moscú...

Carvajal puede decir yo conocí al General Maceo, defresqué con Julio Sanguily (el del rescate), y rumbé con Sotico, aquel gallardo soldado de la revolución. Es Carvajal lo último que nos queda en archivo. Y ojalá lo siga siendo por muchos años.

En mi primera crónica, después de situar a la Acera en el mapa bananero, recordé nombres.

Algunos faltaron, lo sé, pero mi memoria no es infalible, y aquí, quizás recuerde algunos antes de terminar esta segunda parte. Cuando empecé a frecuentar a la acera fué allá por el 1908, después de doce años de ausencia, y debo confesar que tenía un "poco de respeto", pues me habían asegurado que aquellos "muchachos" de muy largos pantalones eran más terribles que los de pantalones cortos. Pero tuve la suerte de que hice mi entrada una tarde con mi entonces nuevo amigo Bebito Echarte, que me garantizó que a él lo respetaban, pues aunque "bebito" se había comido toda la "Bananina" que en aquellos días anunciaban los hermanos Ramón y Pepe Crusellas. Esa tarde un "autático" limpiabotas me lustró "pantanos" amarillos que me compré al llegar a La Habana, para "imitar" al par que le había visto a Rafael Posso, quien ya era "arbitrer-elegantiarum" de La Habana, compartiendo con los "incroyables" de Segundo García Tuñón, René de Zurich, Fernando Mesa, Jacinto Pedroso, Rafael María Angulo, Antonio Santeiro, Pepe Vila y otros de aquella época. Luego el bondadoso Bebito me llevó a "Darle Vueltas a la noria" que era pasear en un coche de lujo (coche de la Acera) Prado abajo, Malecón a la izquierda, y luego una "pasadita" por San Lázaro y por Conculado, dos calles que tenían las "chiquitas" más lindas de La Habana y de las cuales guardo Don

Gual recuerdos imborrables...

Era de ritual pararse en Vista Alegre para tomarse una ginebra compuesta, algo que hice esa tarde, para dárme las ya de "muchacho" y porque no podía desairar a Bebito, mi hombre providencial.

—Allí donde están construyendo ese hotel que le van a poner Manhattan —me dijo mi cicerone— estuvo un café, que era todo un emparrado y se llamaba "Las Cuevas de Bellamar".

Cuando volvimos a la Acera nos tomamos la "segunda" en el País de Inglaterra donde el amable descendiente de los Echarte me presentó a un locuaz "viejito", que era nada menos que Pablo Mazorra, a quien llegué a querer mucho. También me presentó a su "dandy" de barbas mosaicas y flor en el ojal. Me dijo: Mi nombre es Antonio Bollag, pero llámeme Tony. Yo lo miraba embobado. Se me parecía al Rey Leopoldo de Bélgica, aunque un poco recortado. ¡Que polainas blancas! Yo estuve loco por usarlas, pero nunca me atreví. En los inviernos siguientes las usé grises, animado por unas que le ví a Perelló de Seguro, que paseaba su monóculo por la Acera con valor espartano.

Frente a "El Cosmopolita" nos topamos con un grupo, que Bebito calificó de notable. Procura —me dijo— caer bien. Ni le des idea de que les temes, ni te hagas el mundano, pues ellos te van a "conocer" en seguida.

El grupo era "de encargo", aunque yo estoy seguro que Bebito Echarte no lo encargó para que me hicieran el recibimiento.

Allí estaban Carlitos Macía, Ramiro Mazorra, el "Bizco" Guilló, Pepe Estrampes, Ramón Hernández, Alfredo Arango, Andrés Hernández, Raúl Cay, Eugenio Santacruz, Lorencito Betancourt, Faustino de la Villa, Luis Toraya, Pío Gaunard, Leopoldo Supervielle, y dos o tres más que no recuerdo.

Con disimulo, muy propio de aquellos humoristas de la famosa Acera, iniciaron conversaciones para tomarme un poco de mi entonces y ondeado pelo. Como nuevo en aquel ambiente, tomé en serio al señor asturiano (¡que pronunciación más perfecta de fabada y sidra!) que llamaban Mateo, y luego resultó ser un descendien-



te directísimo de los Condes de Jaruco y de Mompox.

Pepe Estrampes empezó a hablar como "americano barato" y yo le dije por lo bajo a Bebito: Este quiere que yo lo tome por un pato de la Florida...

Luego me convencí que el valeroso amigo, no podía hablar mejor el castellano a pesar de que lo había practicado mucho en la manigua inmortal. Raúl Cay, que era un señor alto y muy colorado me dijo que era chino... Yo le dije que lo disimulaba muy bien, pues parecía un inglesito... ¡Para qué fué aquello! Me increpó en el dulce e inexplicable idioma de Lin Yu Tan, hasta que averigué, que el hombre se sentía chino y que hasta comía el arroz con palito.

Carlos Macía me dijo: ¿Es verdad que usted viene de Yucatán? —Sí —le dije—. Allí empecé mi carrera... —Bueno —ripostó el pelotero humorista—, tenga cuidado, que aquí lo pueden poner out... Yo sudaba a mares, a pesar de que era una tarde muy fresca de abril Ramón Hernández me elogió la corbata. Es de foulard —le dije sonrojándome. —De Fular o de Fulano, yo le aconsejo que no pida corbatas prestadas... Andrés Hernández me miró el bastón. Era una fina cañita, entonces muy "a la moda". Me la tomó finamente de la mano, y se la pasó a Ramiro Mazorra. —Mira ¿tú no querías tomarte otra cañita? Y Ramiro el trovador se quedó con ella. Alberto Guilló me preguntó: ¿Es verdad que en Yucatán se bebe un aguardiente que se llama habanero? —Es verdad, pero es intragable... No terminé la oración. ¡Me quedé helado! —Espero, jovencito, que esa su opinión la limite al aguardiente yucateco...

Yo seguía sudando a mares. Luego Pío Ganauard que había sido compañero de juventud de mi padre, se apiadó de mí, y me invitó a tomar un trago. ¡Yo pedí un "agua con paneles!" El miedo me había dado mucha sed.

Al día siguiente volví valientemente, a pasar por "El Cosmopolita"... Ramiro Mazorra me devolvió la cañita. Pepe Estrampes me dió un manazo en la espalda, y me gritó: You are a hell of a Nice fellow. Y así fué como quedé "iniciado" en la noble y muy "Antigua Orden de la Acera del

Louvre", que ya del Louvre no tenía ni el bar ni el restorán.

Creo que fué Gustavo Robreño quien me presentó a Doña Pilar, en una tarde dominguera, a la hora en que la simpática y generosa hostelera, descendía "apres la douche", de sus habitaciones del primer piso para inspeccionar el comedor, ya preparado para la comida de la noche. Muy encorsetada la señora del Toro, repartía saludos y sonrisas. Cerca de ella, como Ana de Glavary en el número de Waltz de "La Viuda Alegre", estaban sus "muchachos" amigos como Silvio de Cárdenas, Paquito Pérez, Cecilio Acoſta, Paquito Guzmán, Emilio Boves y Luisito Echevarría, a quien ya había immortalizado su nom-de-plume o nom-de-guerre-de Timbiche. Recuerdo el efecto que me hicieron los magníficos diamantes con que se adornaba Doña Pilar. Al poco rato me presentó a la familia: su correcto esposo Don Guillermo del Toro, y su encantadora hija Pilarina, esposa del barítono José Piquer, de vecino Teatro Albisu.

De pronto Doña Pilar se puso de pie, bien lo recuerdo, y avanzó para recibir a un elegante caballero, de albo jipi, negro traje y felinos mostachos. Ese es —me dijo Robreño— Don Manuel Sanguily, el de las Hojas Literarias que viene a veces a charlar a "El Telégrafo", sin serle infiel a su grupo de "El Anón del Prado".

RECUERDOS

Qué gran figura la del ilustre habanero. Ya yo lo había visto de lejos, cuando yo pasaba por "El Figaro" allá en Obispo, en aquella peña literaria donde luego traté también a Varona, a Valdivia a García Enseñat, a Zerep, a Pichardo a Urhbach, a Catalá, a Panchita Chacón y en una tarde inolvidable, a Rubén Darío, el poeta de "La Marcha Triunfal".

Doña Pilar, quien vive todavía rodeada de su hija, nieta y biznietos, era muy liberal. Por eso los portales de "El Telégrafo" se le llamaba la zona liberal, y allí se veían a los Carbonell, a Hernández Miyares, al General Eusebio Hernández, a Carlos Mendieta, a Ferrara, a Márquez Sterling, a Miguel Mariano Gómez, al General Asbert, a "Barrerita" y a otros connotados políticos de entonces.



3

Mi entrañable amigo Gustavo Robreño es un fiel guardián de los recuerdos de aquella "Acera" de Prado entre San Rafael y San Miguel. Pasar una noche en su casita del Vedado, es oír, desde que se llega, ¡historia habanera! El aplaudido actor es hombre de gran memoria, y por su caballerosidad y talento fué amigo de todos los "muchachos" del histórico lugar.

Uno de mis primeros amigos que me presentó a media "acera" fué el chispeante Alfonso Martínez Felián. Por él supe de diez mil cuentos, todas fechorías de "los muchachos de la Acera". Por él supe de la indignación de aquel malhumorado "sereno" de la "colonia" que se enfrentó con un criollo en Obispo Sereno —le dijo— ¿usted no ha oído sobre el último decreto de Su Majestad Doña María Cristina? —Hombre, francamente no. —Pues ha dictado un decreto cambiándoles a ustedes el nombre. En vez de "sereno" se llamarán "rocío"... El criollito tuvo que dar mucha "sán-sara", para que el indignado guardador del nocturno orden no lo apaleara.

Una figura que pasó fugaz, pero que dejó huellas fué el infortunado Héctor Pulgarón, quien después de varios años de ausencia, por tierras de España, se apareció en La Habana con dos títulos: Ortopedista y Marqués de Muñoz Baena. Este último, de prole de la vaticana. Además de aquellos títulos tan "antipodas" se apareció con unas barbas muy negras y muy abundantes, en una época en que ya ese peludo adorno había sido abolido con el beneplácito de Mr. Gillette. Y ya se pueden ustedes imaginar lo que fué la aparición de Pulgarón, en la Acera, y en el "Patio de los Laureles" de la Universidad donde trató de revalidar su título académico de Madrid. —¡Barbazas!, le gritaban por todas partes. Algunos bondadosos corazones se encargaron de defenderlo de las "turbas Acéricas" y hasta se exponían a acompañarlo en su coche, Prado arriba, Prado abajo.

Al obtener su reválida el flamante ortopedista, se le ocurrió regresar a Europa, dentro de la casaca diplomática. Algún amigo, cronista de salones, lanzó la idea de que el Marqués de Muñoz Baena, soñaba con un puesto de

secretario de la Legación de Cuba en Bruselas. Héctor hubiera hecho un buen papel, pues hablaba idiomas y era hombre de buen capital. Pero, el entonces Secretario de Estado, el ya mencionado Don Manuel Sanguily, no le convenía eso de mandar a la capital de Bélgica, a un señor "con toda la barba", ortopedista y título pontificio.

Una tarde, bien lo recuerdo, le dijo un "muchacho" de la Acera: Marqués. Usted es un hombre muy fino, muy culto, muy noble, y muy rico; pero no ha caído bien, porque se "pone muy serio". Yo le aconsejo que haga algunas travesuras, y entonces usted verá el cambio. ¡Hasta lo van a mandar a Bélgica!

Y convencido el Marqués de la bondad del consejo, decidió hacer una "grande". ¡Y bien grande! Y esa noche, para darle una sorpresa a sus amigos de la Acera, después de invitar a cuatro "pasajeros" de los asiduos a la peña del Hotel "Telégrafo", se encaramó en el pescante de su lujosa victoria, y se puso a dar vueltas al Parque Central, entre las ovaciones de los muchachos...

De pronto ¡tableau! sus aterrizados ojos se fijaron en la magna silueta del Canciller de la República, quien apoyado sobre su bastón de oro y ébano, contemplaba las demostraciones automecónticas de Pulgarón. Huelga decir que Don Héctor se tiró del pescante, y repuesto del susto se paseó por el frente de "El Telégrafo", como si nada hubiera acontecido...

—Buenas noches Don Manuel —gimió cuando ya se sentía más dueño de sus nervios. —Buenas noches contestó Sanguily—. Ya he visto lo bien que luce usted en un pescante... Y le clavó aquellos ojos azules, que vimos fulgorar tantas veces...

Desde esa noche, el infortunado Marqués, dejó de luchar por aquella secretaría en Bélgica.

EXCENTRICOS Y BROMISTAS

Uno de los hechos más comentados en la Acera fué el paseo a caballo del luego gran congresista Cecilio Acosta, por los salones de "El Telégrafo" y su empeño de elevarse con cabalgadura y todo, por el ascensor de Doña Pilar.

¿Quién de aquella época ha podido olvidar el "bautizo picúo" que



escenificaron unos divertidos "muchachos" de la extrema izquierda, como Silvio de Cárdenas, Paquito Pérez, Luisito Echevarría, Rodolfito Alvarez, Cecilio Acosta, José Palm, el yucate Olegorio Montes, Eddie Abreu y no sé cuántos más? A "Ruddy" Alvarez, por ser el más pequeño le tocó ser el "neófito" envuelto en un albo faldellín, cargado por una nodriza que no recuerdo si fué Villita o Emilio Boves. En más de quince "arrastrapanzas" los ya muy alegres "muchachos" recorrieron toda la ciudad, después de la ceremonia bautismal, que fué en un lugar de San Cristóbal de La Habana "cuyo nombre no quiero recordar". Estaban representados los satisfechos padres, los orgullosos padrinos, el cura, el monaguillo, los abuelos, los primos y los amigos, que se unieron espontáneamente al regocijado desfile. Total: al día siguiente el pobre Rodolfito con una "pitima" de padre y muy señor mío, despertó en un lugar, que le fué difícil reconocer. ¡Era el torno de la Beneficencia! El histórico lugar todavía existe por el costado de la Calzada de Belascoain.

Recuerdo los días del auge de "El Mono Sabio". Había más directores del periodiquito universitario, que lectores. Todos querían entrar "de botella" en los teatros. Luis Echevarría que se creía el más autorizado, se apareció una noche en el Teatro Nacional (entonces flamante, pues en el 1913 lo había estrenado Titta Ruffo con una mediocre compañía de ópera) para gozar del arte de la compañía de Comedia Española de Balaguer y Larra. El portero con una cara de piedra le dijo a "Timbiriche" que no podía pasar, y lo halaba por el cuello de la embencinada americana que por ser negra hacía el papel de smoking. —Esto no se me puede hacer a mí —gritaba Echevarría—, esto es un atropello a la prensa universitaria. Esto es como cerrarle la jaula al Mono. ¿Qué dirá el doctor Berriel? ¿Y Socotroco? ¿Y cómo se burlarán de mí, La Mulata, Rompe, Silvio, el Coronel Caamaño, Figurita, y otras grandes figuras de la colina?

Por fin fué llevado ante el bondadoso y comprensivo Administrador del teatro, mi viejo amigo Ramón Gutiérrez (me han asegura-

do que lee a Don Gual) y éste le dijo al excitado futuro arquitecto: ¡Cálmate, Timbiriche! Lo que pasa que este carnet tuyo dice Director de "El Mono Sabio" y ya esta noche tú resultas el séptimo... A pesar del incidente, R. G. dejó pasar al perturbado director.

Otra noche (y sigo recordando "El Mono Sabio"), los muchachitos Echevarría (ya muy mencionados en el pasaje anterior) y Cárdenas (el Silvio famoso que raptó a la leona de Armenonville), tenían unas ganas enormes de asistir a un "guatequito", donde se reunía lo más granado (o graneado) de la sociedad... bohemia y entre los dos no llegaban ni al medio peso. Después de hacer más números y cálculos que los que hace Juan Gelats en un día, recurrieron a una "salida" que le proporcionaría "entradas". Timbiriche sacó un talonario de suscripciones del "Mono Sabio" y ya decidido a consumir el hecho, y con el nombre de la víctima bien seleccionado, llenaron el talón con el nombre del Hotel Telégrafo. Y, aunque ya era tarde, tuvieron la suerte de hallar en el zaguán del hotel a la bonísima Doña Pilar. Y le presentaron el recibo por diez "huayacanes". La mirada que les echó la dama fué de asombro, y luego de comprensión.

—¿Qué horas son éstas para cobrar una cuenta?

Eran las once de la noche de un domingo de carnaval. Y riéndose Doña Pilar le puso el O. K., a la nota enviándolos a la carpeta donde cerraba las cuentas del día Don Guillermo del Toro.

—Está bien, les pagaré —dijo el hotelero— pero quiten esta fecha de 1921 y pongan la de 1931 porque ya he pagado nueve años... ¡adelantados!

Y sonriendo socarronamente, el bueno de don Guillermo les entregó los diez billetes tan necesarios.

Y Silvio y Luisito dieron el "gran golpe" entre sus selectas amistades, y Silvio algún otro "gran golpe" pues el pobre tenía el brazo tan débil que se le escapaba... hasta tropezar con las narices de un ex fiato.

Y cierro aquí mi libro de memorias. Quizás otro día, añada un tercer capítulo, a estas mis memorias de la Acera del Louvre que tanto frecuenté.



(Copia textual de la placa del Louvre)

Nicolás Estevanes (1838-1914)

En esta acera del Louvre, el 27 de noviembre de 1871, siendo capitán del Ejército Español, dió ejemplo excepcional de dignidad, valor y civismo, al protestar públicamente contra el fusilamiento de los ochocientos estudiantes cubanos instalados allí por los voluntarios españoles de la plaza. Abandonó la Zula, renunció a su carrera, se negó a reincorporar en las milicias; fue en tiempos de la primera República Española, Diputado y ministro de la Guerra; y jamás se arrepintió de aquella su nobilísima actitud, pues para él "antes que la Patria están la humanidad y la justicia". Cubanos y españoles aprendan a la memoria del excluido republicano, hijo de las Zulas bravas, este hombre, en testimonio de respeto y admiración, a 27 de noviembre de 1937.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA ACERA DEL LOUVRE

EL ÚLTIMO COMBATE

38

Por GUSTAVO ROBREÑO X

El muy popular humorista Gustavo Robreño, que hace años se reveló como historiador amenísimo en su Historia de Cuba, escrita en broma, ahora hace historia en serio reuniendo en un libro que acaba de ver la luz, La Acera del Louvre, la vida accidentada y pintoresca de nuestra juventud bien de otros tiempos, que hizo famosa la Acera del Louvre como escenario principal de sus haza-



ñas, ya regocijadas ya patrióticas o trágicas, y en las cuales hacían gala los muchachos de El Louvre de su buen humor y admirables aptitudes para el choteo, de su corazón generoso, de su bravura y espíritu caballeresco y de su fervor patrio. En este capítulo se relata uno de los episodios más interesantes en que fueron protagonistas aquellos mosqueteros criollos.

El día 11 de Diciembre de 1898, la evacuación española, (ya efectuada en todas las poblaciones de la Isla y en las que las tropas americanas habían sustituido a las guarniciones coloniales) había llegado, en la Habana, hasta la Calzada de Galiano.

Conforme a lo convenido, el cese de la soberanía se venía haciendo escalonadamente, por barrios, siendo el de Jesús María el primero en izar el pabellón de la estrella solitaria; este acto fué solemnizado por el Padre Doval, presbítero cubano que echó a vuelo las campanas de su iglesia, embanderándola profusamente.

A partir de ese momento y a medida que avanzaba la evacuación, los barrios en que ésta se hacía, cambiaban de aspecto y sus vecinos todos parecían atacados de locura; unos reían, otros lloraban de gozo, quienes, cantaban, bailaban o prorrumpían en alaridos semisalvajes y, los más, daban fuertes vivas a ¡Cuba Libre! que repetían millares de voces.

(Cohetes, voladores, tiros de fusil y de revólver, tambores y cornetas, charangas y comparsas, completaban el estrépito.

La musa popular improvisó infinitos cantos, cuyas letras pintorescas y alusivas a personajes siniestros de la guerra, enardecían a los manifestantes, dándoles fuerzas para resistir día y noche aquella "rumba caminadora" a cuyo compás marchaban, sin dejar de cantar.

"¿Tú lo ves, Fondesviela, tú ves como yo no lloro?

¿Tú lo ves;"

Era una de las rumbitas que más se adaptaban al carácter de aquella marcha triunfal criolla.

Otras guarachas y boleros aludían a la vida de los deportados a Chafarinas, Ceuta y Fernando Poo.

Y como estribillo forzado de todos esos alegres cantos de victoria, repetíase por la muchedumbre:

"Weyler, verdugo mío.

Weyler, patilla e mono."

Con tales desahogos líricos, que no llegaban a ser insultantes, pero que, de manera grotesca y deslabazada, evocaban los horrores de la guerra y la concentración, la bulli-

ciosa e interminable comparsa recorría las calles evacuadas, en donde las casas permanecían abiertas e iluminadas toda la noche, ocupados los balcones y azoteas por mujeres y niños cubanos, que agitaban enormes banderas y encendían luces de bengala.

El día 11, como se ha dicho, la evacuación llegaba a la Calzada de Galiano, teniendo por límite la acera de los pares, que amaneció engalanada con banderas cubanas y festines tricolores, formando un curioso contraste con la acera de enfrente, sin adornos ni ostentaciones, sobria y severa, mas no por espíritu de intransigencia ni por rencor hacia los vencedores de la guerra, sino porque la consigna oficial era la de no engalanar las casas hasta recibir la debida autorización.

Ello no obstante, los establecimientos de la acera de los nones permanecieron abiertos

(Continúa en la pág.75)



De la antigua Acera. Naufragos del "Hawkins". De pie: Aurelio Hevia, Alfredo Arango. Sentados: Mariano Alberich,—muerto en el naufragio,—Bernardo Soto (Sotico) muerto en un combate en la guerra, y José Miguel Tarafa. Los tres supervivientes alcanzaron en la Revolución el grado de Coronel.

y sus dueños y dependientes, generalmente españoles, contemplaban impasibles el regocijante espectáculo que ofrecían los cubanos al desfilar, en frenético tropel, ante sus dominadores de la víspera y a quienes, sin embargo, no odiaban.

Porque es digno de mención, el caso insólito de la independencia de Cuba, en el que no hubo una sola venganza, ni represalias de ningún género, viéndose por todas partes, apenas decretado el cese de las hostilidades, a cubanos y españoles unidos en fuerte abrazo, como sello y garantía de una paz por todos deseada.

Así en los cafés, cantinas y bodegas cuyos dueños eran peninsulares, se descorchaba el champagne y corría la cerveza en señal de regocijo, por el advenimiento de la bendita paz, que reconciliaba, para siempre, a padres y a hijos.

Nadie hablaba de vencedores ni vencidos y aunque en rigor, era imposible ocultar que existía un bando ganancioso en la contienda armada, evidentemente no se escuchaban más que frases de cordialidad y amor.

Acaso algunos, los menos, sentían interiormente el dolor de la derrota, pero sabían disimularlo a maravilla y guardaban una decorosa actitud de respeto ante las naturales explosiones de alegría de quienes veían, por primera vez, ondear libremente su bandera.

Los que pasaban de una acera a otra, en Galiano, se despedían de los amigos y decían, en tono de broma, que iban a España o a Cuba Libre, según del lado que se encontrasen.

Semejante caso de confraternidad al término de la contienda, era, quizás, el único en toda la historia de la América latina.

Empero, la fatalidad se empeñó en manchar con sangre aquel cuadro de armonía luminosamente alegre y la tragedia surgió inesperada y brutal, en plena Acera del Louvre, centro de la hidalguía y caballeridad cubanas, firme baluarte del patriotismo, al que cupo en desgracia ser teatro de horribles crímenes y cerrar heroicamente la epopeya, librando el último y definitivo combate por la independencia.

Pepe Betancourt, que no había podido marchar a Washington con su jefe el General Calixto García, por razones de orden económico, después de haber recorrido las calles de *Cuba Libre* o sean: las evacuadas, junto con Pepe D'Estampes, Juan Manuel Pérez de Alderete, Enrique Regueira y otros libertadores, se introdujo, con sus amigos en el teatro *Cuba*, fuerte avanzado del patriotismo cubano, enclavado en el límite de la zona española, esto es: en la esquina de Galiano y Neptuno, acera de los nones.

Representábase en dicho teatro la primera obra patriótica, después de la guerra, titulada *El Alcalde de la Güira* y escrita por un viejo revolucionario, conspirador y emigrado, la razón empresario y director del *Cuba*.

En dicha obra, musicalizada por el Maestro Marín Vaqueiro, reproducíase un episodio de la Invasión y cuando al final de un dúo con Blanquita Vázquez, el tenor Arturo Ramírez, vestido de mambí, desplegaba la bandera cubana y frente de un coro de libertadores, entonaba el himno de Galiano, el público delirante, aclamaba a Cuba y a sus héroes.

Desbordábase el amor patrio, el entusiasmo llegaba al frenesí y tras prolongados aplausos, los guaracheros Ramitos y Julio Valdés eran obligados a cantar una y cien veces, ciertas décimas guajiras alusivas a la guerra e invariablemente finalizadas con el zapateo cubano.

Y cada vez que en el público se advertía la presencia de un soldado de la Libertad, a quienes se identificaba por el sombrero a la mambisa con escarapela, se reproducían las aclamaciones y era irrefrenable el estruendo.

Tales manifestaciones enardecían más de lo regular a Betancourt, Alderete y Regueira, quienes salieron del tea-

tro medio locos, sintiendo que el corazón se les salía del pecho y con ansia de lanzar a los cuatro vientos sus mal contenidos gritos de victoria.

Al cabo Betancourt llegó al café de Inglaterra en donde el General Julio Sanguily, llegado aquel mismo día de Santa Cruz del Sur, se hallaba rodeado del General Lacret, Gabrielito de Cárdenas, Carlos Maciá, Bernardo Artidiello, Carlos Ayala y Jesús Sotolongo y Lynch.

Betancourt, después de saludar a Felipe Romero y otros amigos que se hallaban cerca del mostrador, disponíase a acercarse al grupo en que se hallaban los generales, pero un hecho inesperado sembró el desconcierto entre los que allí se hallaban.

El capitán cubano Alderete había llegado con aire de triunfo al café de Tacón, pidiendo en voz alta una copa de cognac, cosa que hubo de chocarle a un numeroso grupo de oficiales españoles, que allí se hallaban comentando, a tragos, la derrota sufrida y, como es natural, nada conformes con su situación de vencidos; uno de estos oficiales miró con altivez a Alderete, haciéndole, al fin, un gesto grotesco e irreverente que remedaba un saludo militar y acompañado de estas palabras: "¡A la orden, mi general!"

Alderete, justamente ofendido en su dignidad, por semejante chunga, respondió al agravio con una agresión que, a su vez, el oficial trató de repeler; se agriaron los ánimos, salieron a relucir los revólveres y los sables de los demás oficiales y gracias a la intervención del General cubano Armando Riva, pudo conjurarse, por el momento, el escándalo, pues dominando la situación y aun admitiendo que Alderete había interpretado mal el saludo respetuoso de un oficial enemigo, sugirió el arreglo de la cuestión, por los medios usuales entre caballeros y sobre todo: entre militares.

E iba a terminar ya el conflicto de este modo, cuando inesperadamente, los oficiales trataron de agredir a Alderete a quien La Riva mandó retirar.

El capitán obedeció el mandato del superior, mas no así sus adversarios, que persiguieron a Juan Manuel hasta el hotel Inglaterra donde se había introducido.

Como se había producido el consiguiente tumulto, alguien, desde la Acera del Louvre, gritó previsoramente: "Salven a Sanguily y a Lacret, que vienen a matarlos", y éstos, que no tenían armas, atendieron las súplicas de sus ayudantes que les rogaban subieran la escalera del hotel.

Al ver entrar en el café a oficiales y soldados armados y en actitud agresiva, se produjo el natural revuelo.

Felipe Romero, a quien sorprendió el accidente cerca del mostrador, no sabiendo qué partido tomar, le dijo a sus amigos, entre bromas y veras: "Deja ver si haciéndome pasar por dependiente, me respetan."

Y despojándose del saco, del chaleco, el cuello y la corbata, se arrolló las mangas de la camisa y se puso a fregar unos vasos.

Los españoles buscaban sin cesar a Alderete que se había escudado detrás de Lacret y como trataron de apuntarle, Artidiello, que era el único armado entre los cubanos, sacó su revólver para defender al General.

—No; déjame a mí, que soy su ayudante, dijo Jesús Sotolongo; y arrebatándole el arma, con presteza, disparó contra los que le amenazaban.

Entonces un soldado español, rodilla en tierra, descargó su fusil contra Jesús, hiriéndolo mortalmente.

De modo simultáneo sonaron otros tiros; Arturo Touse fue herido mientras subía la escalera del hotel, pues hacia allí se dirigían los tiros en su mayor parte.

Afortunadamente, pudieron contener algo el avance de los agresores los hermanos Guillermo y Eduardo Soto (este

(Continúa en la pág. 86)



LA VIEJA ACERA DEL LOUVRE

o modesto, Riocabo, Castro y el abogado Camín
 ean en la Acera del Louvre, gala de La Haba-
 ayer, se figuran que la misma siempre fué asi.
 dos fotos muestran los cambios que la histó-
 cera ha tenido. La de arriba es del año 1870,
 os en la esquina el desaparecido café "El
 e"; a su lado el hotel "Inglaterra", con tres
 s; le siguen "El Cosmopolita", el hospedaje

"Wáshington", los "Helados de Paris", el salón de
 barbería "El Louvre" y por último, el hotel "Telé-
 grafo". La otra fotografía es más reciente: del año
 1900, cuando ya el café y el hotel se habían fusio-
 nado bajo el nombre de hotel "Inglaterra" y se edi-
 ficó un nuevo frente con amplios portales, que
 todavía no llegaban a la esquina de Neptuno.—
 (Fotos y grabados: Archivo Soto Paz.)



La Avenida del General Maceo, el popular paseo del Malecón, en una tarde de desfile carnavalesco. Este año, como los anteriores, fué nuestro carnaval muy pobre. Tanto los palcos que desalojan al pueblo de sus habituales posiciones de otros años, como el famoso "Paseo Artístico" resultaron grandes decepciones. ¡Quizás esto sea un experimento...

último, comandante del Ejército Libertador) quienes con sus certeros disparos de revólver y exponiéndose heroicamente al fuego mortífero de la fusilería española, hicieron algunas bajas y casi repelieron el ataque.

Pero la mecha estaba ya encendido y a los pocos minutos, todo el batallón de Colón No. 1, encargado de guarnecer la plaza y último que había quedado para rendir honores a la bandera que debía arriarse en el Morro, se situó frente al hotel de Inglaterra, en actitud de asalto.)

Los cubanos de la Acera, por su parte, se armaron, también, como pudieron (y pudieron muy poco porque el uso de armas les estaba prohibido) y así el Coronel Rafael Peña que procedía del campamento de Menocal, en Marianao, apenas creyó iniciado un movimiento de avance sobre el hotel, descargó su revólver contra los de Colón, que arreme-

tieron con saña, causando algunas bajas y recibiendo otras, cuyo número jamás pudo saberse, pues lo ocultaron cuidadosamente.)

Despejada por un momento la Acera, acertó a pasar por ella un joven sordo, apellidado Jiménez; e ignorante de cuanto allí había pasado, se detuvo a averiguarlo en la puerta del Inglaterra, en donde fué muerto a culatazos por un grupo de soldados.)

Al cabo, los oficiales que pretendían ocupar el hotel para realizar la captura de los cubanos, fueron contenidos por el general americano Green, quien (aunque algo tardíamente) hizo allí acto de presencia.

Al día siguiente se reprodujeron los desórdenes en el entierro del valiente oficial Jesús Sotolongo y Lynch, último muchacho de la Acera, que ofreció, noblemente, su vida a la Santa Causa de la Independencia.





PATRIMONY
DOCUMENT

